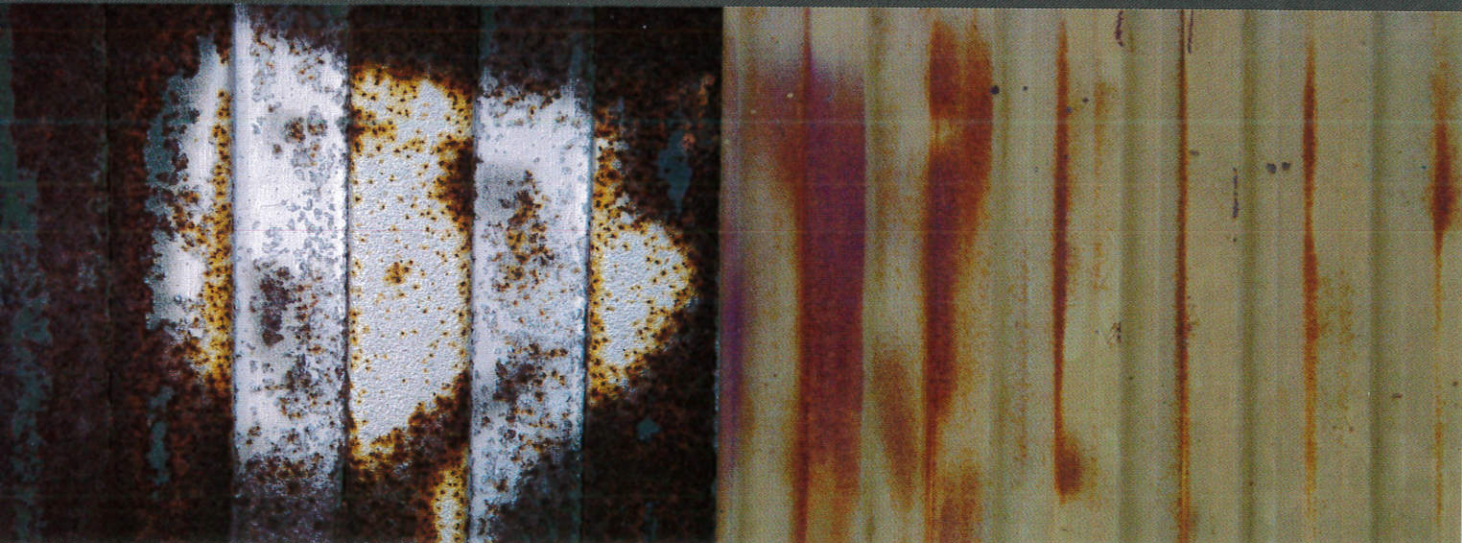
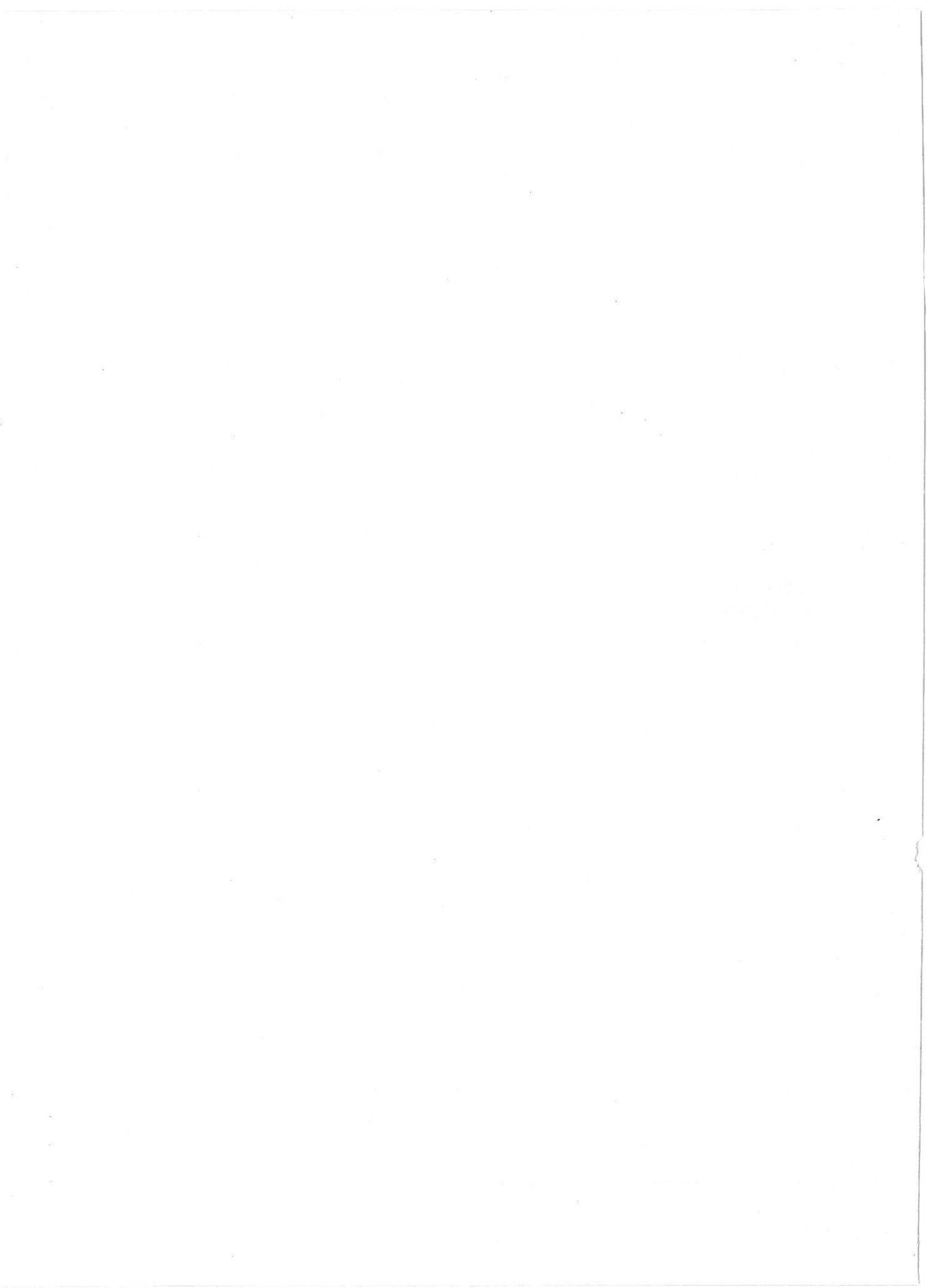


# ARQUITECTURA Y DESARROLLO EN LA RIBERA ARANDINA DURANTE EL SIGLO XX. LA CREACIÓN DE UN NUEVO PAISAJE

---

Lena S. Iglesias Rouco





El apasionante y fecundo siglo XIX estableció una separación definitiva respecto a cuanto le había precedido<sup>1</sup>. Parte del pensamiento ilustrado que, prescindiendo de la tradicional visión de trascendencia, considera al hombre protagonista por excelencia de la realidad a la vez que agente de su desarrollo. Sobre esa convicción, se van abriendo los cauces de la ciencia contemporánea y logra perfilarse la noción darwiniana de evolución. Según sus propuestas, cuanto existe no lo es de una única manera definitiva y, lejos de responder a una entidad preestablecida ni obedecer a finalidad alguna, surge de forma espontánea progresando en la medida que logra imbricarse en el contexto donde tiene lugar. Pero no sólo todo se transforma permanentemente, sino que, tal como van a establecer los nuevos presupuestos científicos y pretenden representar las vanguardias artísticas a comienzos del siglo XX, se presenta de forma distinta según la posición de quien lo contempla.

De acuerdo con estos planteamientos, el mundo, incluyendo el hombre mismo, queda sumido en un ámbito de temporalidad que lo retrotrae hacia el pasado, lo ubica en el presente y lo proyecta hacia el futuro con interrogantes en continua reelaboración. De ahí que, incluso, los documentos cartográficos van reelaborándose de acuerdo con los avances de cada momento para reflejar los nuevos ordenamientos geopolíticos o

dejar constancia de las características del propio cosmos que comienza a ser explorado mediante asombrosos avances científicos<sup>2</sup>. Se impone, pues, la firme creencia de estar inmersos en un universo en permanente recreación y triunfa un decidido propósito de participar activamente en la génesis de los más punteros avances.

Tal marco, en el que pensamiento y acción se hallan estrechamente imbricados, afecta decisivamente a la arquitectura, la cual venía siendo contemplada, ya desde finales del setecientos<sup>3</sup>, como instrumento fundamental para el progreso humano. Asistiremos, pues, a una secuenciación de intervenciones que, de acuerdo con un transformado marco social y estimuladas por los continuos adelantos tecnológicos, crean un nivel de desarrollo hasta ahora nunca imaginable. Nada parece proseguir de acuerdo al pulso que, desde épocas inmemoriales, venía alentando la vida urbana en estrecha conexión con la naturaleza. Y, así, quedará atrás la íntima simbiosis del hombre con su entorno que había dado origen a singulares paisajes.

En efecto. A lo largo de los siglos se habían ido poblando aquellos espacios que permitían acoger el desarrollo de distintas comunidades de acuerdo a necesidades específicas. Y, así, fueron consolidándose los perfiles de muy diversos conjuntos de acuerdo con las posibilidades de cada

<sup>1</sup> De esta forma queda expuesto en relación con la Ribera arandina a través de distintas aportaciones recogidas en los monográficos dedicados a los siglos XVIII y XIX: *Ensenadas del Duero Ilustrado*. Biblioteca 20, Aranda de Duero, 2005, e *Idas y venidas de un Duero apasionado*, Aranda de Duero, 2006.

<sup>2</sup> DIEGO, E. de: «Dibujando mapas/recorriendo mapas/tachando mapas. Algunas subversiones cartográficas y otros disturbios en la geografía colonial de Occidente», en *La multiculturalidad en las Artes y en la Arquitectura*, Las Palmas de Gran Canaria, 2006, T. I. pp. 97-117.

<sup>3</sup> SAMBRICIO, C.: *Territorio y ciudad en la España de la Ilustración*, Madrid, 1991.



Fig. 1. Peñaranda (Alfonso Vadillo, Archivo Municipal de Burgos).

zona y las circunstancias de los sucesivos momentos. De ahí esa configuración de poblaciones comunicadas por sinuosos caminos que se adaptaban a las irregularidades topográficas y a las posibilidades de tracción animal. Cada núcleo con una particular disposición arquitectónica que emergía entre extensos campos de cultivo y era arropado por grandes extensiones de árboles. Cada núcleo empujándose con el perfil dominante de sus defensas y la tutelar presencia de los elementos religiosos presidiendo un caserío de fisonomía singular elaborado con los materiales del entorno. En definitiva, extensos horizontes donde la presencia humana había generado un armo-

nioso orden cuyas características, en correspondencia con el respectivo marco medioambiental, revelaban una lenta génesis en íntimo contacto con el territorio.

El siglo veinte, por el contrario, nos situó en una fase de nuestra cultura que, en pro del máximo beneficio económico y contando con las constantes transmutaciones experimentadas por los propios procesos técnicos, convertirá la creación arquitectónica en un «artificio entre artificios»<sup>4</sup>. Tal es el resultado de los profundos cambios acaecidos con el predominio de amplias capas sociales sumidas en una alienante unifor-

<sup>4</sup> MASIERO, R.: *Estética de la arquitectura*, Ed. A. Machado Libros, Madrid, 2003, p. 270.

midad y el influjo de eficaces máquinas capaces de realizar cualquier tipo de actividad mecánica a bajo costo. Así va desapareciendo la tradicional organicidad de las distintas poblaciones con sus sugestivas formas individualizadas mientras las nuevas fisonomías, de carácter artificial, asumen rasgos semejantes entre sí que resultan ajenos a la identidad del espacio donde ahora van injerándose. En consecuencia, se impone un paisaje con grandes piezas de expansión urbana repitiendo indiferenciadas planificaciones de trazados geométricos concebidas para usos sectoriales, ya bien residencia, industrias, servicios, etc. Cada una de ellas, definida por rígidas construcciones hechas con materiales elaborados en los grandes centros productores y velozmente servi-



Fig. 2. Aranda de Duero. Allenduedero y zona de expansión industrial (Fotografía Merlín).

dos por medios mecanizados. Y cada una, aun contando con los más diversos recursos, repitiendo soluciones orientadas al consumo como valor supremo. Escasa creatividad, pues, en una realidad tecnificada cuya apariencia resulta ajena al lugar donde se sitúa y a toda relación con el universo que la acoge.

Cierto es que tan abrupta ruptura con el pasado va a ir generando, a su vez, el deseo de mantener los elementos más significativos del bienestar alcanzado en determinadas etapas de prosperidad<sup>5</sup>. Así, mientras se incorporan con entusiasmo los adelantos generados por la técnica y sucumbe cuanto no se adecúa a los nuevos presupuestos, empiezan a oírse voces en defensa de conservar los más elocuentes testimonios de una larga y fecunda proyección histórica. De ahí que, progresivamente, algunos de los conjuntos representativos de cuanto nos ha precedido irán siendo objeto de especial reconocimiento y sus reconstruidas fábricas, con la consideración de «monumentos» destinadas a usos culturales, actúan como preciadas referencias, y signos indiscutibles, de una identidad propia labrada a lo largo de los siglos. Pero aun cuando estas iniciativas han llegado a obtener una amplia aceptación, la organización social y las aplicaciones tecnológicas que fueron generándose en los últimos cien años terminan por situarnos ante paisajes totalmente diferentes. Y, de esta forma, en nuestros días aparece plenamente consagrado a niveles mundiales un proceso de «fin y comienzo» que alcanza a las tierras arandinas con una secuenciación marcada a través de diferentes momentos.

#### **CONTEMPORANEIDAD Y ARQUITECTURA: 1900-1939**

Ya las consecuencias de la revolución industrial, que habían ido apuntando en nuestra región a lo largo del siglo diecinueve, ejercieron una influencia decisiva sobre sus modos tradicionales

<sup>5</sup> IGLESIAS ROUCO, L.S.: «El patrimonio románico burgalés. Reconocimiento y conservación», en *El arte románico en el territorio burgalés*, Burgos, 2004, pp. 281-304.

de producción y comercio<sup>6</sup>. Aquella empezó a hacerse mecánica y serial, reduciendo progresivamente los niveles de esfuerzo humano con una participación de escasa cualificación y muy limitada respecto a los resultados cuantitativos obtenidos. A la vez, las relaciones mercantiles favorecidas por los nuevos medios de transporte dinamizaron el papel que, a niveles socioeconómicos, ejercían los principales núcleos ribereños<sup>7</sup>. Y tales transformaciones estuvieron unidas a profundos cambios sociales, los cuales, al definir un modelo de convivencia diferente con la participación activa de amplios sectores, exigieron poner al alcance de una extensa masa poblacional las ventajas derivadas de los avances que, día a día, iban surgiendo.

Partiendo de este marco, las poblaciones arandinas irán gestando en el primer tercio del siglo xx una definición propia de su identidad contemporánea desde parámetros convergentes. Por una parte tratan de potenciar cuantas ventajas podían derivarse de una posición privilegiada como nudo de importantes arterias de comunicación peninsular. A la vez, se buscará la incorporación de renovadoras dinámicas productivas y la optimización de los recursos de acuerdo con modernos procedimientos de comercialización. Todo ello estará apoyado por la integración de los progresos tecnológicos que influirán decisivamente en la fisonomía de las distintas poblaciones y en las condiciones de vida en ellas alcanzadas. De ahí que, si ya los últimos años de la centuria anterior se habían correspondido con un momento de importantes actuaciones en la zona sur burgalesa<sup>8</sup>, éstas obtuvieron su expresión más acusada al ir avanzando el nuevo siglo. Ciertamente es que los primeros decenios estuvieron marcados por acontecimientos políticos de la más di-

versa índole, algunos de los cuales, como la guerra civil, resultaron muy negativos. Pero, en todo momento, la comarca burgalesa meridional muestra una admirable capacidad de superación e irá aprovechando las iniciativas más valiosas para continuar con una decidida voluntad de sobrevivencia y progreso.

En ese sentido la arquitectura, según venía ocurriendo<sup>9</sup>, siguió ejerciendo un protagonismo decisivo como instrumento y expresión de los conceptos que rigen las diferentes visiones del presente. Por una parte contará con las enormes posibilidades brindadas por los modernos avances relacionadas con nuevos materiales y técnicas constructivas. Y, a la vez, se le exigirá que elabore satisfactorias respuestas a las diferentes demandas sociales surgidas a través de una continua progresión. De ahí su omnipresencia en los más diversos proyectos orientados a promover diferentes iniciativas de desarrollo y su incidencia decisiva en los paisajes por ellas generadas: desde el planteamiento de nuevas relaciones a niveles de comunicación y articulación poblacional hasta las reelaboraciones en materia de urbanismo o la renovación del caserío de las antiguas villas. Y todo ello aprovechando el bagaje de experiencias acumuladas en el transcurso de las más diversas circunstancias. Así, aunque existe un antes y un después marcado por el infausto enfrentamiento armado, la mayoría de los retos y proyectos perfilados en los cuarenta primeros años de siglo actuarán como obligado punto de partida hacia una definición totalmente nueva de la fisonomía ribereña.

### **La técnica como tótem de un «sin pasado»**

Desde la consideración de continuidad respecto a las actuaciones planteadas en la centuria

<sup>6</sup> SÁNCHEZ ZURRO, D.J.: «La actividad agraria», *Historia de Burgos IV, Edad Contemporánea (2)*, Caja de Burgos, 2005, pp. 247-290.

<sup>7</sup> Sobre el tema, véase ZAPARAÍN YÁÑEZ, M<sup>a</sup> J.: *Desarrollo artístico de la comarca arandina. Siglos xvii y xviii*, Burgos, 2002.

<sup>8</sup> RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, M<sup>a</sup> del C.: «Comercio, transporte y comunicaciones (I)», *Historia de Burgos IV, Edad Contemporánea (2)*, Burgos, 2005, pp. 369-422.

<sup>9</sup> BATTISTI, E.: *Arquitectura, ideología y ciencia*, H. Blumen, 1980; e IGLESIAS ROUCO, L.S.: «La ribera arandina en el siglo xix: arquitectura y progreso», *Idas y venidas de un Duero apasionado. El siglo xix en la Ribera del Duero, Biblioteca 21*, 2006, pp. 83-109.



Fig. 3. Vadocondes (Fotografía Merlín).

precedente, ocupan lugar destacado aquellas relacionadas con el rasgo que se había constituido en base al tradicional desarrollo histórico de la Ribera, es decir, su estratégica posición. En efecto, recorrida por el «Padre Duero» contactaba, transversalmente, con las localidades más prósperas del antiguo reino de Castilla mediante una gran diversidad de antiguos caminos. Y, a la vez, era atravesada por el eje que, de norte a sur, ponía en conexión los puertos del Cantábrico con Madrid y con las prósperas capitales meridionales. Sin embargo, mantener las ventajas derivadas de ese carácter nodal a niveles de articulación viaria suponía aprovechar las posibilidades gene-

radas por los nuevos medios de comunicación y, mediante las mismas, lograr también un rápido intercambio de productos entre las puertas abiertas por el tráfico marítimo y las tierras del interior peninsular. La asunción de tales desafíos generó dos tipos de respuestas que, elaboradas ya desde el moderno ámbito de la ingeniería civil<sup>10</sup>, venían orquestándose desde tiempo atrás: transformar los viejos trazados camineros y obtener efectivos enlaces ferroviarios.

Respecto al primero de estos capítulos, el proceso de modernización emprendido en el diecinueve siguió un ritmo ascendente registrando

<sup>10</sup> Sobre el tema de la pugna entre las competencias de arquitectos e ingenieros véase BONET CORREA, A., MIRANDA, F. y LORENZO, S.: *La polémica ingenieros-arquitectos en España. Siglo XIX*, Ed. Turner, Madrid, 1985.

cambios notables. No sólo se tratará de regularizar, ampliar y dotar de nuevos firmes a las antiguas vías facilitando el tránsito de vehículos de tracción mecánica, sino que fueron ejecutados –y en ello se puso especial interés–, nuevos ramales capaces de articular eficazmente las localidades con mayor peso económico a niveles regionales y enlazarlas con las carreteras nacionales. Para ello se seguirá aplicando contundentemente la Ley de Expropiación forzosa de 10 de enero de 1879. Tal sucedió en el trazado de la carretera de La Aguilera a Aranda, destinada a empalmar con la de Madrid a Francia, en la vía de Aranda a Salas de los Infantes, en el ramal de Aranda a Santalejo, en el tramo que uniría el Alto de Babastro con La Aguilera y Santa Cruz de Salceda, etc.<sup>11</sup> A su vez estas actuaciones supusieron la realización de numerosos puentes cuyas estructuras, hechas contando con elementos metálicos y renovados procedimientos constructivos, responden a una concepción sustentada en principios de máxima funcionalidad y economía de recursos. Tales obras tuvieron, también, una incidencia directa en el paisaje, de suerte que los extensos campos de cereal y amplios viñedos ribereños aparecerán surcados, a partir de ahora, por regulares carreteras asfaltadas en cuya ejecución se busca homogeneizar lo más posible las diferentes cotas de nivel. A su vez, estas modernas vías no sólo dinamizaron la economía regional, sino que, además, van a actuar como ejes de expansión de las poblaciones canalizando su crecimiento y creando umbrales urbanos de renovada configuración arquitectónica.

No obstante, el factor con mayor impacto en el desarrollo arandino desde comienzos del siglo xx está representado por el ferrocarril. Ha de señalarse que las primeras propuestas con las que se trató de articular nuestra región a través de este revolucionario medio de transporte arrancan de 1845, proponiéndose, ya entonces, la realización de una línea entre Valladolid y Ariza (Zaragoza)<sup>12</sup>. Pero su culminación efectiva pasará por múltiples y complejas vicisitudes hasta que, finalmente, se produjo la inauguración oficial el 1 de enero de 1895. El impulso que originó contar con tan eficaz medio, para una rápida comercialización de las cosechas extraídas de las tierras ribereñas, estuvo acompañado de diversas consecuencias que dejarán huellas importantes en el ámbito comarcal hasta bien avanzado el siglo xx. Así, por una parte, se ratificó su vocación agraria con una rápida articulación transversal que, recorriendo el centro de la Meseta, facilitaba la salida de los productos hacia Zaragoza y Cataluña. En consecuencia, el antiguo marco poblacional permanece ligado a la explotación de la tierra<sup>13</sup> y mantendrá, en gran parte, su definición tradicional renovándose progresivamente de acuerdo con los modelos ya establecidos. Esta situación queda ampliamente refrendada al retrasarse la realización efectiva de la deseada línea directa Burgos-Madrid<sup>14</sup> y fracasar, finalmente, los múltiples intentos de crear enlaces ferroviarios directos con el puerto de Santander y con los centros industriales del País Vasco<sup>15</sup>.

<sup>11</sup> ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE BURGOS (en adelante AHPB), Obras Públicas, Legs. 468/2, 468/4; 475/1, 474/4; 477, 516/1, 516/2, etc.

<sup>12</sup> En torno a este tema existen distintos estudios. LÓPEZ GARCÍA, M.: «Un patrimonio en la Ribera del Duero: el ferrocarril Valladolid-Ariza 1895-1995», *Biblioteca 10*, 1995, pp. 175-187; PINTADO QUINTANA, P.: «El ferrocarril Valladolid-Ariza», en *Monografías del ferrocarril/3*, Barcelona, 2001, etc.

<sup>13</sup> MORENO PEÑA, J. L.: «Gran propiedad en la Ribera del Duero», *Idas y venidas de un Duero apasionado. El siglo XIX en la Ribera del Duero. Biblioteca 21*, Burgos, 2006, pp. 185-244.

<sup>14</sup> AHPB, Obras Públicas, Proyectos 1001, 1029, etc. Sobre la conveniencia de esta línea se insiste constantemente en los medios de comunicación. «El ferrocarril Burgos-Madrid», *Diario de Burgos*, 27 de octubre, 9 de noviembre, 24 y 28 de diciembre de 1926, etc. Y existen distintas publicaciones: ESTEVE GARCÍA, J.P.: «El ferrocarril directo de Burgos y sus accesos a Madrid», *Monografías del ferrocarril/11*, Barcelona, 1999; FUENTE, A. de la: «Villacienco y el ferrocarril directo Madrid-Burgos», *El Villiguín*, 35, Villacienco, 2001, pp. 24-33, etc.

<sup>15</sup> Tales enlaces eran considerados de vital importancia según queda reflejado en la prensa del momento. «El ferrocarril Santander-Mediterráneo», *Diario de Burgos*, 21 de octubre de 1924, 24 de diciembre de 1924, etc.



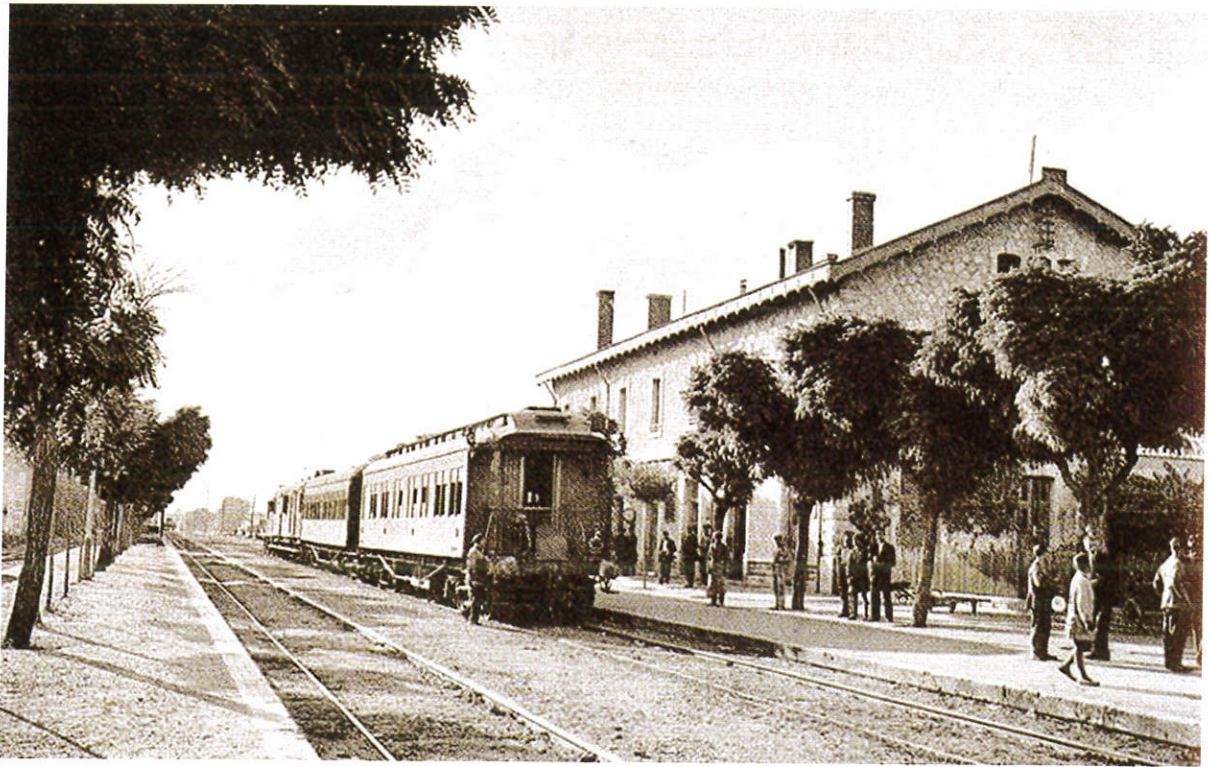


Fig. 4. Aranda de Duero. Estación de Ferrocarril Chelva (Imprenta Bayo).

Por su parte, la presencia de la vía férrea Valladolid-Ariza dejó expresivas huellas en la fisonomía arandina. El trazado de la línea se adapta a su topografía meseteña dibujando una prolongada horizontal próxima al Duero que conforma un nuevo cauce de comunicación y desarrollo. Los raíles, realizados en los altos hornos de Bilbao, comenzaron a instalarse en dirección a Aranda desde Valladolid, a donde eran transportados por el ferrocarril que conectaba las capitales septentrionales con Madrid. Cuando se hacía preciso atravesar la gran vena fluvial, hubo de recurrirse a puentes metálicos cuyas estructuras pasaron a formar parte del paisaje marcándolo con rasgos de notoria modernidad. Todavía en nuestros días el puente levantado en las inmediaciones de Vadocondes permite distinguir la composición característica de estos imprescindibles elementos, los cuales habían sido proyectados con un tramo metálico, de amplia trayectoria central, sobre arcos de fábrica construidos en ambas

orillas. No obstante, las aportaciones más singulares fueron los apeaderos y, sobre todo, las estaciones edificadas en núcleos destacados como Aranda, Vadocondes o La Vid, los cuales adquieren, a través de las mismas, una renovada importancia como puntos obligados de salida y recepción de mercancías.

Pero no sólo culminan en los primeros decenios de siglo las propuestas decimonónicas destinadas a lograr la dinamización efectiva de la Ribera mediante el establecimiento de una eficaz red de comunicaciones. Es ahora cuando, también bajo la dirección de especializados ingenieros, se completa el ambicioso plan destinado a ampliar notablemente las tierras regadas por las aguas del Duero mediante su adecuada canalización. Así, tras inaugurarse el Canal Reina Victoria o de Guma, que arranca de esta localidad para fertilizar más de cuatro mil hectáreas, se emprende la construcción del Canal de Aranda. Ciertamente es

que su proyecto aprovecha la misma presa gu-miense, pero, en los casi treinta kilómetros de recorrido por la orilla septentrional, se enfrenta con múltiples retos como el de salvar los cauces del Arandilla y Bañuelos, la vía férrea y el entramado de diversas carreteras. Pese a ello, ya en 1936, se consigue que el beneficio de tan ambiciosas empresas alcance a una amplia extensión de tierras de secano y éstas, nutridas a través de múltiples acequias, pudieron abandonar sus cultivos tradicionales y pasan a conformar amplias extensiones verdes en continua explotación.

Tales transformaciones generaron, a su vez, otros cambios con repercusiones decisivas para

las distintas poblaciones arandinas. A la cabeza de todos ellos se sitúa el progreso económico promovido por la instalación de modernas industrias y diversas explotaciones en los núcleos que, con mejores comunicaciones, podían dar fácil salida a sus productos. Entre ellos destacan aquellos derivados de los excedentes agrícolas y ganaderos, los que se nutrían del aprovechamiento forestal y los ligados a la generación de electricidad<sup>16</sup>. Y ese desarrollo favorecerá un amplio crecimiento demográfico, de suerte que la comarca pasa de tener 5.736 habitantes en 1900, a alcanzar los 9.168 habitantes en 1940 y, veinte años más tarde, cuenta ya con 13.454 habitantes<sup>17</sup>. Sin embargo, el incremento fue favorable, fundamen-



Fig. 5. La Enebreda (Fotografía de M<sup>a</sup> José Zapa-raín).

<sup>16</sup> Sobre el permanente interés por poner en marcha distintos proyectos de desarrollo industrial queda constancia permanente en la prensa. *Diario de Burgos*, «La azucarera de la Ribera», 28 de noviembre y 16 de diciembre de 1925; «Los saltos del Duero», 8 de enero de 1926; «Aprovechamiento agrícola e industrial de nuestros ríos», 30 de octubre de 1926, etc.

<sup>17</sup> ANDRÉS LÓPEZ, G.: «La ciudad y el desarrollo urbano de los siglos XIX y XX. La urbanización contemporánea en Burgos», *Historia de Burgos IV. Edad Contemporánea (2)*, Caja de Burgos, 2005, pp. 157-240.

talmente, a las localidades donde el despegue industrial y las actividades unidas al ferrocarril originaban un mayor número de puestos de trabajo. De esa forma los asentamientos más modestos, unidos a la explotación tradicional del campo, vieron estancarse, cuando no disminuir, su vecindario a través de una emigración continua hacia Aranda y villas con alguna industria. E, incluso, el apoyo institucional prestado a la creación de colonias agrarias para mejorar la situación de familias sin recursos<sup>18</sup> atravesará por un lento proceso, mientras que la capital comarcal pasa de los 5.736 habitantes que tenía en 1900, a los 9.168 de 1940, y supera ya los trece mil veinte años más tarde.

### **Función, materiales y forma**

Tan imparable proceso de cambios múltiples halla en nuestros días su expresión más elocuente a niveles de «arquitectura y paisaje», es decir, en ese panorama singular de la Ribera arandina donde las nuevas aportaciones fueron permitiendo recrear una realidad material diferente sobre la base de adecuar función y forma a las posibilidades y demandas de una época distinta en permanente progresión. Desde esa perspectiva, la de una evolución continua de la fisonomía ribereña, pueden establecerse fases sucesivas en cuyo transcurso se fueron definiendo algunos de los rasgos que, en gran manera, permanecen aún en el presente.

Así, los dos primeros decenios del siglo xx concluyen, en general, cuanto ya se propuso a finales de la centuria anterior, es decir, renovación de los núcleos poblacionales y desarrollo arquitectónico de acuerdo con opciones consensuadas respecto al pasado. Pero, a la vez, se va afirmando una voluntad de progreso desde nuevos pará-

metros que proponen intervenir decididamente en la composición urbana, servicios y vivienda para resolver los problemas que iban surgiendo. De esa forma queda expresado en muchas de las actuaciones ejecutadas ya en los años treinta tratando de redefinir la superficie de los distintos centros urbanos, sus diferentes dotaciones y la composición del caserío. Será precisamente tal imperiosa búsqueda de eficaces respuestas a las múltiples aspiraciones que van expresándose la que, remontando el luctuoso paréntesis de contienda civil, habrá de ser retomada a su conclusión. Y, si bien entonces se presentará como fruto de aquel «glorioso resurgir» esgrimido por los vencedores frente a la denostada etapa republicana, hoy resulta expresiva manifestación del complejo pulso entre regresión y avance que venía planteándose.

Arrancando, pues, del análisis sobre cuanto se lleva a cabo a partir de comienzos de siglo, varios son los aspectos a destacar. Sobresalen, en primer lugar, las actuaciones de carácter urbanístico con las que alcanzan plena aceptación los planteamientos de «espacio abierto» y distribución marcada por una «abstracta regularidad» que iban imponiéndose a través de las nuevas actitudes científicas<sup>19</sup>. Fruto de las mismas ha de considerarse el progresivo derribo de las antiguas murallas que, desde el medievo, habían definido el recinto propio de cada villa con funciones urbanas, hacia adentro, y ocupaciones periféricas dedicadas, fundamentalmente, a labores agrícolas<sup>20</sup>. Pero, aun desaparecidos tales dogales históricos, los solares donde se asentaban son ocupados por modernos edificios, los cuales, aprovechando incluso algunos de los materiales de aquellas potentes defensas, seguirán marcando los límites del tradicional casco histórico. En este sentido el caso de Aranda es particularmente representati-

<sup>18</sup> RAMOS SANTOS, J.M<sup>º</sup>: «Esplendor y ocaso de un proyecto de colonización agraria en Aranda de Duero (1916-1978): la colonia de «La Enebrada», *Boletín de la Institución Fernán González*, Burgos, LXXXIV, (2005/2), pp. 309-325.

<sup>19</sup> BENEVOLO, L.: *La captura del infinito*, Madrid, 1994, pp. 83-84.

<sup>20</sup> Sobre la pervivencia en la Ribera de esta concepción de «dentro» y «fuera» aún en la Edad Moderna, véase ZAPARAÍN YÁÑEZ, M<sup>º</sup> J.: *Desarrollo artístico de la comarca arandina. Siglos xvii y xviii*, Diputación de Burgos, 2002.

vo, hasta el punto de que su característica imagen oblonga, que con tanta precisión había recogido Francisco de Coello en su plano de 1868<sup>21</sup>, se mantendrá prácticamente intacta hasta nuestros días marcada por extensas manzanas cuya disposición sigue el trazo curvilíneo de los desaparecidos paños amurallados.

También el carácter de permanencia afecta a la composición interior que fue definiendo históricamente los distintos asentamientos a lo largo

del tiempo. Así resulta reconocible hasta nuestros días el primitivo núcleo arandino que, en forma de proa, surgió como modesta vigía sobre el río Bañuelos. Y, de la misma manera, puede distinguirse su posterior proceso de reconversión urbana hacia los lechos del Duero y Arandilla, cuando el avance de la reconquista permitió establecer fructíferas relaciones con las tierras del sur peninsular. No obstante, las transformaciones experimentadas por su marco socioeconómico incidirán directamente sobre el antiguo tejido, el



Fig. 6. Aranda de Duero. Casco histórico (Fotografía Merlín).

<sup>21</sup> BIBLIOTECA NACIONAL, Sec. Mapas y Planos, «Mapa de la provincia de Burgos», realizado por el coronel ingeniero D. Francisco Coello. Sobre el tema, IGLESIAS ROUCO, L.S.: «La Ribera arandina en el siglo XIX. Arquitectura y progreso», art. citado.

cual, aún con una marcada continuidad constructiva, había albergado pequeñas huertas y espacios auxiliares como complemento de muchas de sus viviendas. Pero ahora, ante el aumento de población y el pujante desarrollo de las actividades mercantiles, el suelo del antiguo casco adquiere un valor diferente como preciado solar que ha de ser ocupado por edificios con una composición muy distinta a la del pasado. En consecuencia, desaparecerá toda referencia a ocupaciones agrícolas y el centro urbano inicia un imparable proceso de aprovechamiento de su superficie, configurándose, a partir de ese momento, de acuerdo a una regularizada compactidad en la que predominan amplias manzanas de modernos edificios con un desarrollo medio de, al menos, cuatro alturas.

A la vez, la construcción de los nuevos inmuebles, en ocasiones favorecidas por acontecimientos desgraciados como el incendio ocurrido en 1908<sup>22</sup>, será aprovechada para ampliar, en lo posible, los trazados viarios de manera que se facilite la circulación de los vehículos de motor cuya ruidosa presencia, dando un nuevo impulso a las comunicaciones<sup>23</sup> pero despertando la alarma del vecindario<sup>24</sup>, fue aumentando rápidamente. De esta forma ocurrió con la calle de La Sal, en la que el propio Ayuntamiento adquiere una casa con objeto de derribarla para ampliar su angosto trazado. Precisamente la necesidad de adaptarse a las exigencias del moderno tráfico rodado alentó distintas intervenciones en los soportales que, destinados a cobijar los intercambios comerciales, definían el centro histórico desde época medieval. De ahí que, progresivamente, se trate de homogenizar su disposición utilizándose, incluso, esbeltos soportes de hierro que otorgan a estos antiguos conjuntos una sugerente modernidad. En tales actuaciones desempeñó también un papel decisivo el deseo de renovar los usos

mercantiles de acuerdo con los nuevos presupuestos de higiene, protección y consumo. En efecto; fue entonces cuando se pasará definitivamente de exponer los productos bajo los espacios asoportados, a establecer amplios locales en cuyo interior los clientes puedan ser atendidos tras motivar su interés mediante la exposición de las mercancías en amplios escaparates. De esa forma el centro arandino no sólo reafirmará su tradicional carácter como amplia superficie comercial, sino que, además, logra ofrecer, a través de su renovada fisonomía, una preciosa información visual sobre cuantas novedades triunfan en las principales capitales europeas.

Se impone, pues, un nuevo uso de las vías públicas como lugares por excelencia de convivencia y desarrollo en los que confluyen todos los sectores sociales estimulándose sus aspiraciones de progreso y orientándolas al acceso de los bienes de consumo. Todavía hoy la Plaza Mayor y calles adyacentes, Béjar, Las Mantas, La Miel, Isilla, etc., conservan algunas de las portadas comerciales hechas a comienzos del siglo pasado, las cuales resultan, en sí mismas, un preciado testimonio de tan interesantes cambios cuyo flujo alcanza nuestros días. Todo ello irá acompañado de mejoras decisivas en materia de servicios. Ha de reconocerse, sin embargo, que en este sentido se observa un cierto retraso atribuido, por los ediles municipales, a la falta de recursos económicos. Ciertamente es que la incorporación de la luz eléctrica al alumbrado público arranca ya de 1896, pero su generalización, al servicio incluso de los hogares, hubo de adaptarse al grado de aceptación manifestado progresivamente por el vecindario<sup>25</sup>. También, tal como recoge la prensa haciéndose eco de las distintas Sesiones del Ayuntamiento, fueron pavimentándose progresivamente las principales arterias del centro urbano y se las dotó de sus correspondientes aceras.

<sup>22</sup> *Diario de Burgos*, 2 de mayo de 1908, «Más detalles del incendio de Aranda».

<sup>23</sup> *Diario de Burgos*, 8 de enero de 1910, «Nuevos automóviles para líneas de Burgos».

<sup>24</sup> *Diario de Burgos*, 1 de agosto de 1924, «A nuestro Ayuntamiento».

<sup>25</sup> SANZ ABAD, P.: *Historia de Aranda de Duero*, Diputación Provincial de Burgos y Ayuntamiento de Aranda de Duero, 1975, p. 303.

Pero la eliminación de los pozos negros en las viviendas, las dotaciones en materia de alcantarillado y la deseada disponibilidad de agua corriente tan sólo se alcanzarán a partir de muy avanzados los años veinte<sup>26</sup>.

Por su parte, tal proceso de modernización de la capital ribereña fue aumentando su poder de atracción sobre los habitantes de los asentamientos rurales con menos posibilidades de desarrollo. De esa forma se genera una constante emigración que, al superar las posibilidades de la histórica villa, obliga a asumir la inevitable elaboración de una nueva fisonomía urbana. En tal co-

metido, sin embargo, se muestra férreamente anclada a las directrices que habían regido su desarrollo desde épocas pasadas. Y, si bien desde el Estado se insta a elaborar amplios proyectos de expansión cuya regularidad favorezca un crecimiento armónico y acorde a las características de cada núcleo<sup>27</sup>, las autoridades municipales optaron por la solución tradicional, es decir, ir creciendo en torno a los principales ejes de comunicación exterior. He ahí, pues, un representativo testimonio de la moderación con la que se abordaban las nuevas demandas. Fruto de la misma será el rápido relleno de los espacios de borde situados entre la carretera de Burgos y los cauces del Duero y Arandilla de acuerdo con propuestas ya esbozadas a partir del siglo XVIII<sup>28</sup>. Nace, así, la moderna extensión en torno a los actuales Jardines de Don Diego y a lo largo de la calle San Francisco que se consolida con un carácter mercantil y residencial propio del casco histórico. Al mismo tiempo, el barrio meridional de Allende-duero, recorrido por la carretera hacia Madrid y enlazando con la Estación del Ferrocarril a Ariza, es considerado como zona ligada a los nuevos medios de producción y, de acuerdo con ello, inicia un proceso de transformación decisiva. De esa forma quedan establecidas las dos áreas que van a definir el desarrollo de la nueva Aranda de los últimos decenios del siglo pasado.

La misma actitud de continuidad define las intervenciones arquitectónicas durante estos años. Hallaremos así que, tal como venía ocurriendo desde el último tercio del siglo XIX<sup>29</sup>, el «arte de construir» continúa utilizando preferentemente los materiales tradicionales extraídos del entorno. No obstante, el ladrillo y el cemento presentan calidades diferentes en relación con su distinta pro-

— VISTA A LA PLAZA —

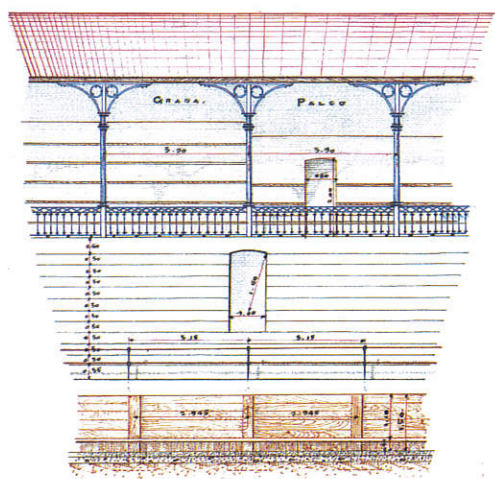


Fig. 7. Plaza de Toros. Proyecto de tribunas (Archivo Municipal de Aranda de Duero).

<sup>26</sup> *Aranda Semanal*, núms. 273, 287, etc. *Diario de Burgos*, 18 de octubre de 1924, «Sesión Municipal del día 14»; 27 de junio de 1925, «Aranda. Municipalerías, Sesión del día 23», etc.

<sup>27</sup> TERÁN, F. de: *Planeamiento urbano en la España contemporánea (1900-1980)*, Alianza Universitaria, Madrid, 1982.

<sup>28</sup> ZAPARAÍN YÁÑEZ, M<sup>a</sup> J.: *Desarrollo artístico de la comarca arandina...*, op. cit.; e IGLESIAS ROUCO, L.S.: «Arquitectura y cambios de la Ribera del Duero en el umbral de la contemporaneidad (1750-1800)», *Ensenadas del Duero Ilustrado, Biblioteca 20*, Aranda de Duero, 2005, pp. 153-176.

<sup>29</sup> IGLESIAS ROUCO, L.S.: «La Ribera arandina en el siglo XIX: arquitectura y progreso», *Idas y venidas de un Duero apasionado, Biblioteca 21*, Aranda de Duero, 2006, p. 83.



Fig. 8. Plaza Mayor de Aranda con elementos de fundición (Imprenta Bayo).

ducción industrial. Además, hay un marcado interés por incorporar los nuevos elementos de fundición que, procedentes de Bilbao y de Madrid, conforman esbeltas columnas o constituyen sólidos antepechos y balcones de variada composición. Tal tipo de estructuras se proponen ya en el proyecto para levantar una sólida plaza de toros<sup>30</sup> y permanecen, hasta nuestros días, formando parte de los locales comerciales y algunos de los soportales del centro arandino. Pero será sobre todo en las ordenadas fachadas de los edificios particulares donde, como balcones y traslúcidas galerías, configuran un singular tránsito entre lo doméstico y el gran espectáculo de la convivencia ciudadana. También el amueblamiento urbano contribuyó a popularizar tales aportaciones ya

bien incorporando artísticos faroles y farolas del alumbrado público de eclécticas formas o creando nuevas y prácticas fuentes públicas. Incluso estuvo presente la posibilidad de su utilización cuando se planteó la construcción de un sólido kiosco de música para la Plaza Mayor<sup>31</sup>.

Por su parte, desde el Estado se siguió promoviendo la construcción preferente de buenos edificios municipales y aulas destinadas a la educación de los más jóvenes. Todos ellos, si bien tratan de aprovechar las posibilidades de los solares disponibles, se conciben como módulos rectangulares con una distribución simétrica de sus distintos espacios y funciones según queda expresado en los planos de la Casa Ayuntamiento para Fuentespina<sup>32</sup>. Pero,

<sup>30</sup> *Archivo Municipal de Aranda de Duero* (en adelante A.M.A.D.), Sig. 1097/1, 1340, etc.

<sup>31</sup> *Diario de Burgos*, 1925, 27 de junio, «Aranda. Municipalerías».

<sup>32</sup> *Archivo Diputación Provincial de Burgos* (en adelante A.D.P.B.), Documentación del Fondo Juan del Pino, caja 6, nº 65, y caja 10, nº 111. Agradezco a M<sup>a</sup> José Zaparaín Yáñez sus generosas indicaciones sobre la documentación que, en relación a la zona ribereña, se custodia en este Archivo.

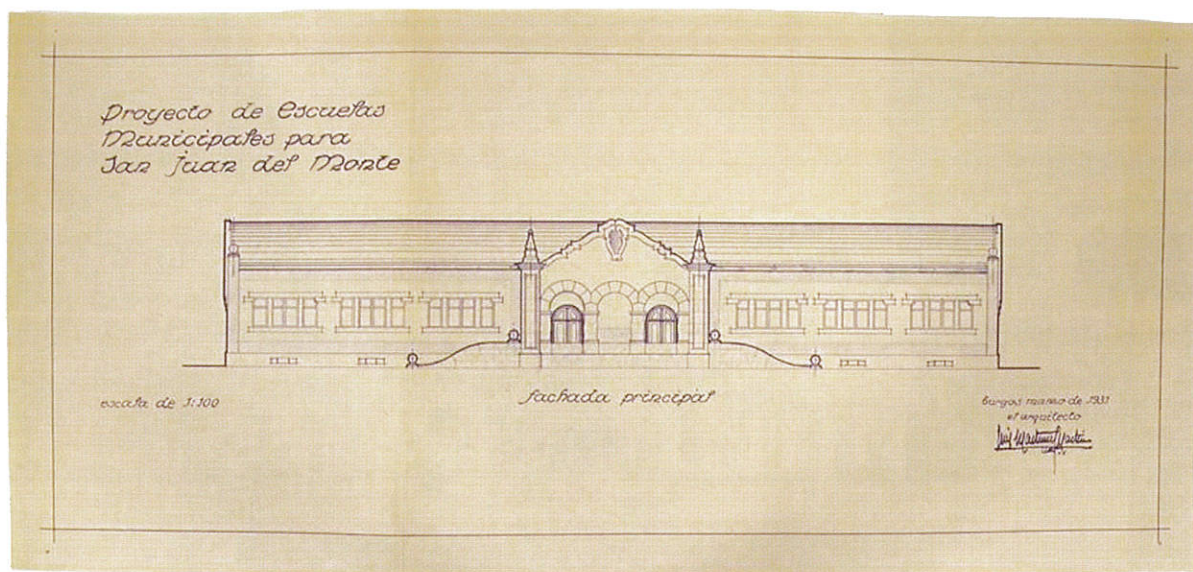


Fig. 9. Escuelas de San Juan del Monte (1931). Fdo. Luis Martínez Martínez (Archivo Diputación Provincial de Burgos).

a diferencia de lo que ocurría en el diecinueve, se trata de evitar que el edificio de los ediles integre también los usos escolares. Para éstos se proyectan, o bien construcciones de una sola planta con aularios separados de acuerdo a los distintos sexos, como ocurrió en las nuevas escuelas de Aranda y con las de San Juan del Monte<sup>33</sup>, o inmuebles de dos alturas destinando la planta superior a vivienda de los maestros. Así sucede en la mayoría de los proyectos cuya documentación se conserva; tal es el caso de los destinados a Hontoria de Valdearados, Quintana del Pidio, Tubilla del Agua, etc.<sup>34</sup>. A la vez, también se trató de mejorar la dotación en materia de mataderos, fuentes y lavaderos o cementerios. Así nos consta a través de las múltiples propuestas elaboradas con destino a un amplio número de poblaciones: tal sucede con el matadero de Zazuar, las fuentes de Caleruega y Gumiel de Hizán, el lavadero de Castrillo de la Vega, el Ce-

menterio de Sotillo de la Ribera, etc.<sup>35</sup>. La mayoría de estas propuestas llevan la firma de José Calleja y Luis Martínez, arquitectos de la Diputación Provincial, que se habían formado en la Escuela de Arquitectura de Madrid bajo el influjo de un historicismo ecléctico de larga pervivencia<sup>36</sup>.

Por su parte, el gran número de edificios particulares que van a ser renovados sobre los solares de los antiguos cascos siguen las directrices ya consagradas en los decenios precedentes. Tratan de unir parcelas contiguas para ampliar sus recursos de espacio y, sobre todo, de ventilación a través de la creación de patios interiores. Aumentan el número de pisos tratando de acoger, en un mismo inmueble, los hogares de los distintos miembros de la familia o disponer de una distribución adecuada a sus necesidades de acuerdo con un nuevo sentido del confort. Y el tratamiento de fachadas responde a una ordenada disposi-

<sup>33</sup> A.D.P.B., caja 6, nº 110.

<sup>34</sup> *Ibidem*, caja nº 10, nº 114, 112 y 113.

<sup>35</sup> A.D.P.B. Documentación del Fondo Juan del Pino, caja 6, nº 68 y 69; caja 8, nº 97, 98, 102 y 107.

<sup>36</sup> Sobre el tema véase NAVASCUÉS PALACIO, P.: *Arquitectura española (1808-1914)*, *Summa Artis*, Espasa Calpe, Madrid, 1993; y URRUTIA, Á.: *Arquitectura española del siglo xx*, Cátedra, Madrid, 1997.



ción vertical de amplios huecos que, aún con cierta jerarquización en altura, están destinados a captar la mayor luz posible. De esa forma, las calles y plazas de los núcleos más prósperos adquieren una fisonomía similar secuenciada por la sucesión de edificios que comparten características semejantes. No obstante, el espíritu individualista propio del arranque de la contemporaneidad sigue introduciendo una clara diferenciación en el tratamiento formal de cada inmueble buscando su correspondiente individualidad. Con este fin se siguen utilizando los característicos revocos decimonónicos que, recubriendo cada frente, están destinados a establecer suaves variaciones cromáticas. También persisten las referencias historicistas en la decoración de los vanos principales como si el nuevo progreso no renunciara a la evocación de la larga trayectoria que le había precedido. En ese sentido, el inmueble de Valentín Romeral, orientado a la arandina plaza de Arco Isilla resulta un expresivo ejemplo de la combinación de elementos extraídos del primer renacimiento.

No obstante, progresivamente, van quedando de manifiesto nuevas actitudes que, revalorizando los elementos ofrecidos por los modernos medios de producción, hallan expresivas manifestaciones en el casco arandino. Así, algunas de las fachadas levantadas a partir del segundo decenio de siglo muestran una cierta preferencia por dejar de manifiesto los materiales de construcción y buscan establecer composiciones bicromáticas en base a combinar la piedra, del primer cuerpo y de los recercados de los vanos, con el ladrillo de producción industrial que conforman los amplios paños murales. Al mismo tiempo, va prescindiéndose de las formas ornamentales inspiradas en antiguos léxicos y se destacan, por el contrario, las propiamente constructivas. Diríase que el «án-

gel de la historia»<sup>37</sup> comienza a ser desbancado por la comprensión del progreso como dominio del binomio técnica y función. Sin embargo, cuando en 1930 se levanta el Monumento a Don Diego Arias de Miranda para presidir la plaza que recibirá su nombre, trata de llegarse a un consorcio entre tradición y modernidad. Su autor, el prestigioso escultor Emiliano Barral<sup>38</sup>, coloca al destacado prócer en posición sedente entre sólidos bloques de piedra con un tratamiento muy próximo al «art déco». E integrados al conjunto pétreo, dos relieves dejan constancia de la realización de las obras del canal que tan decidido apoyo recibió por parte del político arandino. He ahí, pues, una elocuente muestra de la pervivencia de esquemas consagrados a lo largo del tiempo: con el reconocimiento hacia quien ejerció el poder pero en beneficio de sus conciudadanos.

Pese a este marco de moderación, la década de los treinta se corresponde ya con el inicio de un periodo marcado por la voluntad de avanzar desde presupuestos renovadores capaces de convertir a las poblaciones de la comarca en verdaderos centros del desarrollo de sus habitantes a la vez que en representación del mismo. En consecuencia, los cambios se suceden. Por fin el proyecto de un ferrocarril directo Burgos- Madrid parece echar a andar<sup>39</sup>, se van creando nuevas células industriales, los surtidores de gasolina ocupan posiciones estratégicas en las plazas que se forman a la entrada de las principales vías exteriores<sup>40</sup>, el agua corriente empieza a alcanzar a todos los hogares de la capital, etc. Nos hallamos, pues, ante unos años de intensa actividad que, pese al terrible paréntesis de la guerra civil, se constituyen en punto de arranque de cuanto ocupará los decenios centrales del siglo pasado. Desde esta consideración dos son las actitudes más notables que se retroalimentan mutuamente. Por

<sup>37</sup> FRAMPTON, K.: *Historia crítica de la arquitectura moderna*, Gustavo Gili, Barcelona, 1993, p. 8.

<sup>38</sup> PAYO HERNANZ, R.J.: «La escultura en Burgos durante los siglos XIX y XX», *Historia de Burgos IV. Edad Contemporánea (4)*, Caja de Burgos, 2007, p. 274.

<sup>39</sup> *Diario de Burgos*, 1926, 13 y 20 de octubre, 9 de noviembre, etc.: «El directo Madrid-Burgos».

<sup>40</sup> *Ibidem*, 1924, 25 de octubre, «Municipalías».



Fig. 10. Aranda de Duero. Plaza de Don Diego Arias de Miranda (Archivo Fotográfico, Biblioteca Municipal. Aranda).

un lado, es indiscutible la victoria de la técnica sobre naturaleza y tradición de suerte que, tal como ya venía siendo preconizado desde bastante tiempo atrás<sup>41</sup>, las referencias al pasado dejan de ejercer un influjo ejemplarizante. Y, a la vez, se asume como tarea fundamental llevar a cabo una serie de actuaciones que, desde el campo del urbanismo y el de la edificación, transformen las tradicionales condiciones de vida.

Precisamente es a nivel del desarrollo espacial donde se hace más expresivo el pulso entre lo que venía siendo, de acuerdo con un crecimiento orgánico, y lo que se quería crear para el

presente-futuro desde una dimensión «desnaturalizada». Así, el antiguo solar ocupado por la villa arandina, y de manera muy notable sus zonas más antiguas inmediatas a la Iglesia de San Juan, va remansándose bajo el hábito de un tiempo pretérito. Es el comienzo, pues, de un largo proceso en el que, según estaba ocurriendo en la propia capital burgalesa<sup>42</sup>, se diluirá su tradicional percepción como ente urbano autónomo, con límites y formas precisas, frente a un nuevo concepto de ocupación «desparramada» en piezas diversas<sup>43</sup> cuya rápida propagación fue unida a la generalización del pensamiento sobre que «urbanizar es un buen negocio»<sup>44</sup>. En conse-

<sup>41</sup> MASIERO, R.: *Estética de la arquitectura*, op. cit., p. 156.

<sup>42</sup> IGLESIAS ROUCO, L.S.: «Burgos a través de la cartografía histórica», *Burgos. La ciudad a través de la cartografía histórica*, Ayuntamiento de Burgos, 2002.

<sup>43</sup> Sobre el tema de las nuevas opciones de urbanización véase TERÁN, F. de: *Planeamiento urbano en la España contemporánea (1900-1980)*, Alianza Universidad, Madrid, 1982.

<sup>44</sup> SAMBRICIO, C.: *Madrid, vivienda y urbanismo: 1900-1960*, Akal, Madrid, 2004, p. 171.



Fig. 11. Teatro-Cine de Aranda de Duero. Arq. Alfonso Fungairiño.

cuencia, la atención de las autoridades públicas y promotores particulares se orienta hacia la generación de nuevas parcelas de ciudad siguiendo la carretera a Burgos o avanzando en torno al eje hacia Madrid. Entre ambos sectores, el antiguo camino de ronda inmediato al Duero actúa como privilegiado nexo capaz de articular el recinto histórico con sus correspondientes expansiones al norte y sur. Y, en calidad de tal, su borde inmediato a la margen septentrional del río es contemplado como una zona dedicada a la cultura y al ocio.

Esta comprensión urbanística estuvo estrechamente unida a la propagación del empleo de nuevos materiales y, en correspondencia con ellos, a formas diferentes de construcción que

fueron incorporadas juntamente con la adopción del llamado «movimiento moderno». Diríase que, en efecto, todo comenzaba a cambiar radicalmente para situarse de acuerdo a las posibilidades y demandas de un imparable progreso. Y, como expresión del mismo, se concibe la ejecución de sólidos edificios cuya limpia volumetría va unida a la utilización de las nuevas estructuras de hormigón armado. Precisamente son las posibilidades que éstas ofrecen en orden a economía de recursos y rapidez de ejecución las que se erigen en emblemas de una época orientada, básicamente, a una continua progresión. En tan dinámico contexto se irá dando la espalda a las evocaciones epidérmicas de épocas pasadas tratando de volver a las fuentes del clasicismo, a su «soñada perfección» con-



Fig. 12. Aranda de Duero. Antiguo Albergue (Archivo Fotográfico, Biblioteca Municipal. Aranda).

cebida a través de una limpia «ponderación de macizos y huecos»<sup>45</sup> tal como, desde Madrid, defendía García Mercadal, uno de los jóvenes arquitectos en contacto con los movimientos vanguardistas de la época. Esas aspiraciones tratarán de encontrar efectivos cauces de expresión a través de las iniciativas de las instituciones en orden a levantar buenos edificios públicos y promover la construcción de viviendas. Sobre todo ello, aspiraciones y notables obras, nos siguen hablando algunos de los edificios de la calle San Francisco y, de manera muy especial, el nuevo albergue situado en su extremo y esa singular aportación que es el teatro-cine cuyo proyecto elabora, en 1932, el arquitecto Alfonso Fungairiño<sup>46</sup>.

### OPCIONES MÚLTIPLES (1940-2000)

El contexto de aceleradas transformaciones en el que, a mediados de los años treinta, estaban inmersas las tierras ribereñas experimentó un brutal golpe con la rebelión militar y el catastrófico desencadenamiento de la guerra civil. A su conclusión, quienes ganaron con las armas hablaron de imponer un «nuevo orden» y llevar a cabo un «glorioso resurgir» capaz de eliminar las ignominias causadas por «un siglo de importación democrática y liberal» como consecuencia de la cual se habían desdibujado las «esencias nacionales»<sup>47</sup>. Pero, si bien quedan elocuentes testimonios escritos sobre la proclamación de tales propósitos, las actuaciones emprendidas hasta

<sup>45</sup> SAMBRICIO, C.: *Cuando se quiso resucitar la arquitectura*, Murcia, 1983, pp. 95-173.

<sup>46</sup> Datos facilitados por D. Francisco Blázquez Marín, a quien manifestamos nuestro agradecimiento.

<sup>47</sup> IGLESIAS ROUCO, L.S.: «Burgos y su arquitectura en la posguerra o «El Glorioso Resurgis», *Actas XIII Congreso C.E.H.A. Ante el nuevo milenio. Raíces culturales, proyección y actualización del arte español*, Granada, 2000, pp. 521-529.

finales de los cincuenta avalan una realidad distinta a cuanto el aparato propagandístico del Régimen trataba de hacer creer. Y, así, las obras que aún permanecen integradas en el cuerpo de los distintos núcleos de la zona meridional burgalesa ponen de manifiesto que aquel proclamado «renacer» era, en gran medida, continuar con las tareas que la guerra había interrumpido<sup>48</sup>. Y esto tanto desde la dimensión urbanística como desde el campo de los diferentes edificios proyectados.

Sin embargo, ya en los años sesenta, los logros progresivamente alcanzados conducen a sucesivas propuestas que marcan una nueva frontera. Es a partir de entonces cuando, de acuerdo con las nuevas orientaciones políticas y la tan celebrada apertura hacia el exterior, en nuestra comarca se tratará de aunar producción agraria e industrialización a través de una serie de medidas. Entre ellas destaca la declaración de Aranda como Polígono de Descongestión de Madrid, la cual abrió paso al reconocimiento, pocos años más tarde, como Zona de Preferente Localización Industrial. Su aplicación desencadenará un aumento demográfico y una prosperidad económica hasta entonces nunca conocida. Y, tales cambios, tendrán repercusiones decisivas a niveles de ocupación espacial y de su correspondiente configuración arquitectónica. Pero el camino emprendido estaba orientado a la creación de riqueza, ignorando, en gran medida, las posibilidades y aspiraciones del hombre que la generaba. De esa forma, quien era el artífice del progreso quedó convertido en pieza de un engranaje dirigido por los constantes avances tecnológicos y los recursos que se ofrecían a niveles operativos. En tal situación, los modelos tradicionales fenecen y así se defiende desde los organismos oficiales al afirmar: «Resulta evidente que no podemos continuar haciendo ciudades antiguas... No hay más remedio que dar a las ciudades una expansión direccional»<sup>49</sup>. En correspondencia con esos pre-

supuestos, Aranda y las villas más prósperas pierden su tradicional organicidad y, siguiendo las orientaciones de crecimiento marcadas por las principales vías de comunicación, adquieren una nueva fisonomía disgregada en fragmentos sin otra identidad que la derivada de sus funciones.

Ciertamente es que, en los últimos decenios del siglo, se tratará de superar tal desmembración en pos de una visión global que presente cada núcleo articulado en su correspondiente territorio a través de relaciones fluidas en correspondencia con la realidad que comparten. A su vez, esa búsqueda integradora de las piezas en las que se han convertido nuestras poblaciones está conduciendo a una ampliación de escala a niveles de región tratando de definir, mediante la misma, una comprensión profunda de la identidad común que se ha ido forjando a lo largo del tiempo. En este proceso, los elementos que han pervivido de tiempos pasados adquieren un renovado valor en calidad de preciado patrimonio cuya presencia avala un determinado periplo histórico. Como consecuencia de todo ello, al inicio de un nuevo milenio, nos hallamos en la cima de una ascensión donde el nivel alcanzado conduce a volver la vista hacia los orígenes tratando de fijar las claves que permitan configurar el espacio común que compartiremos en el futuro.

### **Paisaje urbano: de «lugar a no lugar»**

Aunque la Ribera permaneció alejada de los grandes escenarios bélicos de la guerra civil, los infaustos episodios de muerte y ruina a ellos ligados dejaron un paisaje de desolador silencio. Hubo de sobrevivir y, poco a poco, el paso de las tropas fue siendo sustituido por un nuevo flujo de vehículos en busca de los preciados productos extraídos a los campos ribereños. La recuperación de éstos se convertirá, pues, en objetivo prioritario durante un cierto tiempo. En ese mar-

<sup>48</sup> Sobre el tema a niveles nacionales, véase LLORENTE HERNÁNDEZ, A.: *Arte e ideología en el franquismo (1936-1951)*, Visor, Madrid, 1995; y *Arte e ideología de la España de la posguerra (1939-1951)*, Univ. Complutense, Madrid, 2000.

<sup>49</sup> TERÁN, F. de: *Planeamiento urbano en la España contemporánea (1900-1980)*, *op. cit.*, pp. 407-408.



Fig. 13. Monasterio de La Vid y Nueva Población (Fotografía Merlín).

co han de situarse la creación de las nuevas poblaciones de Guma y La Vid, surgidas de acuerdo con las propuestas elaboradas desde el Instituto Nacional de Colonización. Tal impulso, sin embargo, no era totalmente nuevo y conectaba con el proyecto que, a partir de 1916, había llevado al establecimiento de la colonia de La Enebrada sobre el monte de La Calabaza, próximo al núcleo arandino. Por otra parte, la dinamización de la vida rural se correspondía también con los postulados de muchos de los que habían vencido con las armas<sup>50</sup>. Y, finalmente, ha de tenerse en cuenta la oportunidad de determinados hechos como la puesta en venta de las fincas don-

de terminarán situándose los nuevos asentamientos y la necesidad de realojar a los vecinos de Linares para construir el pantano que llevará su nombre.

Tal confluencia de circunstancias e intereses explica el éxito en la realización de las respectivas propuestas que, a cargo de arquitectos e ingenieros ligados a los organismos públicos, responden en su estructura y composición a las directrices marcadas desde las mismas. Es decir, aprovechan en beneficio del cultivo de las tierras las aguas canalizadas desde el «Padre Duero», disponen de buenas comunicaciones y adoptan un

<sup>50</sup> TERÁN, F. de: *Planeamiento urbano en la España contemporánea (1900/1980)*, op. cit., p. 113 y ss. También del mismo autor, *Historia del Urbanismo en España. Vol. VII, Siglos XIX y XX*, Cátedra, Madrid, 1999.

modelo regularizado como fue habitual en este tipo de actuaciones. Aún hoy surgen en el paisaje como piezas autárquicas cuyo trazado en cuadrícula, de total claridad compositiva, se halla presidido por la Plaza Mayor. También la disposición de ésta, bordeada de soportales, y los sencillos módulos de viviendas, ya bien dobles o sencillas, responden a las orientaciones oficiales para estos proyectos y, si bien trata de evitarse en lo posible un efecto de monótona repetición, se mantiene dentro de la máxima economía de medios reproduciendo los mismos sistemas constructivos. Tampoco se observan variaciones notables en la disposición de los alzados, con volúmenes simples, dominio de la horizontalidad y sucesivas superficies encladas. Una imagen,



Fig. 14. Gumiel de Izán (Archivo Diputación de Burgos).

pues, del todo ajena a cuanto, en el transcurso de los siglos, se había ido edificando en esta comarca pero que, desde el entorno del Régimen, se ensalzó por su «sabor netamente castellano»<sup>51</sup>.

Sin embargo, estas iniciativas destinadas a potenciar el ámbito rural tienen escasa correspondencia con la situación por la que atravesaban las distintas poblaciones ribereñas en los años de posguerra. Con un marco socioeconómico totalmente alterado por las pérdidas humanas a lo largo de la contienda, su tarea fundamental fue la de mantenerse en los tradicionales escenarios arquitectónicos. Así, villas tan destacadas como Gumiel de Izán vieron pospuestas sus esperanzas de contar con una buena pavimentación en las calles o disponer de agua corriente en los hogares, limitándose, básicamente, a emprender modestas obras con el fin de preservar su tradicional case-río. La propia capital arandina vio paralizado el desarrollo emprendido en los años que precedieron al estallido del conflicto civil. En ello, además de la situación general, influirán otros factores. Por una parte, las opciones de una expansión urbana de carácter abierto, tal como se habían planteado en la época de la República, merecían ahora un tácito rechazo por parte de quienes ostentaban el poder. Además, el crecimiento demográfico arroja los índices más bajos desde comienzos de siglo, por lo que, de inmediato, no existía una imperiosa urgencia de levantar nuevos inmuebles. Tan sólo se llevan a cabo algunos de los proyectos elaborados para puntos estratégicos en contacto con el viejo casco, como la zona de penetración de la carretera de Burgos y el entorno de confluencia con la de Salas de los Infantes.

Curiosamente, la mayoría de esos nuevos inmuebles responden a criterios alejados de los presupuestos oficialistas que, frente al movimiento moderno, defendían «no seguir haciendo arquitectura sin patria...» y volver «los ojos a toda

<sup>51</sup> El tema aparece estudiado de forma pormenorizada en este mismo volumen por ZAPARAÍN YÁÑEZ, M<sup>a</sup> J.: «Las colonias agrícolas en la ribera burgalesa del Duero. Nuevas propuestas para después de una guerra».



Fig. 15. Aranda de Duero. Plaza Virgencilla (Archivo Fotográfico, Biblioteca Municipal. Aranda).

nuestra gloriosa tradición»<sup>52</sup>. Por el contrario, su limpia volumetría y sencillos trazos, con secuencias horizontales de amplios vanos sin notables diferenciaciones en altura, e incluso el característico chafalán semicircular en el encuentro de vías principales, evocan aquellas creaciones de «Cuando se quiso resucitar la arquitectura»<sup>53</sup> que habían marcado los años treinta. Sin embargo, los proyectos promovidos por las instituciones públicas, aun respondiendo a principios racionalistas, adquieren una cierta apariencia historicista. Tal ocurre con el antiguo Instituto de Segunda Enseñanza Rojas de Sandoval, actual Colegio Castilla, el cual, levantado sobre solares ligados al eje de expansión de la calle San Francisco, adopta la tradicional planta en «pi» que permite establecer una

diferenciación de usos y, al mismo tiempo, obtener el deseado aprovechamiento de la luz solar a través de grandes ventanas que incluyen evocativas arquerías. También su cuidadosa ejecución en ladrillo visto recuerda el predominio de este material en la arquitectura vernácula. Y todo ello queda realzado por los amplios espacios exteriores destinados, originariamente, a zonas de recreo. Mucho más modestas serán, en cambio, las pocas construcciones escolares que, por las mismas fechas, se levantan en distintas poblaciones; tal es el caso de la nueva escuela para Fresnillo de las Dueñas<sup>54</sup>.

Una vez superados los años centrales de siglo, la evolución general del país alienta una progre-

<sup>52</sup> TERÁN, F. de: *Planeamiento urbano en la España contemporánea (1900-1980)*, op. cit., p. 218.

<sup>53</sup> SAMBRICIO, C.: *Cuando se quiso resucitar la arquitectura*, Murcia, 1983.

<sup>54</sup> A.D.P.B., Fondo Administrativo, proyecto 800554.





Fig. 16. Aranda de Duero. Actual Colegio Castilla (Archivo Fotográfico, Biblioteca Municipal. Aranda).

siva recuperación socioeconómica que, en Aranda, se manifiesta de forma bipolar. Por una parte, el antiguo casco recibe la consideración de testimonio excepcional del desarrollo experimentado a lo largo de los siglos, es decir, resulta una realidad emblemática respecto a la «gloriosa historia» que nos ha precedido y que, por ello, ha de preservarse con un carácter de severa monumentalidad. En consecuencia, tal como avalan los testimonios gráficos de la época, van renovándose su pavimentación y amueblamiento urbano, las aceras se bordean con árboles y nuevos conjuntos ajardinados ocupan parte de los espacios principales. En este sentido, la Plaza Mayor resulta un ejemplo paradigmático al llevarse a cabo una nueva propuesta de urbanización orientada a canalizar, ordenadamente, sus tradicionales funciones como lugar de ocio y convivencia ciudadana. Por otra parte, de manera simultánea, el desarrollo de la producción agraria y su transformación a niveles industriales contribuye decisiva-

mente a hacer realidad un nuevo progreso con el correspondiente despegue demográfico, de suerte que, en muy pocos años, se cuenta ya con una población cercana a los catorce mil habitantes. En consecuencia, es preciso establecer amplias zonas de carácter industrial y crear suelo urbano para construir los hogares de aquellos cuya continua llegada contribuía al progreso común. Con estos propósitos se optará por ir rellenando la zona norte, en la salida a Burgos, y proyectarse hacia el sur a partir del barrio de Allendeduero.

Por su parte, el crecimiento en el área septentrional, como venía ocurriendo desde comienzos de siglo, sigue un proceso semejante al que, por las mismas fechas, se estaba llevando a cabo en la capital burgalesa. Es decir, va articulándose en torno a un gran eje septentrional que, en el caso arandino, se corresponde con la nueva calle San Francisco, hacia la que confluyen las carreteras de Salas de los Infantes y de Sinovas. Su entorno



Fig. 17. Aranda de Duero. Plaza Mayor con su antiguo ordenamiento (Archivo Fotográfico, Biblioteca Municipal. Aranda).

será ocupado, preferentemente, con comercios y como zona residencial de familias acomodadas mientras, en la salida hacia Sinovas, se proyecta una amplia barriada de casas protegidas. Nace, así, la zona de expansión de Santa Catalina, que tardará, aún, algunos años en consolidarse. Al mismo tiempo, el punto de confluencia de la carretera de Sinovas queda marcado por la monumental presencia de una moderna Plaza de Toros<sup>55</sup>. Ésta fue concebida de acuerdo con las características que definieron tradicionalmente tal tipo de recintos: gran coso central y, en su entorno, el correspondiente graderío. Incluso los elementos constructivos, con amplias arquerías de ladrillo visto destacando sobre blancas superficies revocadas, crean una sugestiva estampa ínti-

mamente relacionada con la celebración de la llamada «fiesta nacional». Por el contrario, los nuevos inmuebles destinados a comercios y viviendas de su entorno son ajenos a las referencias historicistas y, si bien se alinean formando manzanas que no suelen rebasar las cinco o seis alturas, incorporan modernos materiales en correspondencia con una construcción marcada por el más elemental funcionalismo. Resultan, así, un fiel exponente de la limitación de recursos y de aquella «ausencia de maestros» que marcan distintos eventos nacionales de la época<sup>56</sup>.

En cuanto a la expansión en la zona meridional, se manifiesta de forma muy diferente. Parte de un antiguo barrio dedicado a modestas acti-

<sup>55</sup> A.M.A.D. Legs. 1097/1; 1340/4; 2133/27 y 2133/28.

<sup>56</sup> ORTIZ ECHAGÚE, C.: *La arquitectura española actual*, Rialp, Madrid, 1965, pp. 18-27.



Fig. 18. Aranda de Duero. Plaza de Toros (hoy desaparecida) (Archivo Fotográfico, Biblioteca Municipal. Aranda).

vidades que, en relación con el aprovechamiento de las aguas del Duero y del Arandilla, habían llegado a conformar un núcleo populoso entre dos importantes vías: la que se dirige a Madrid y la que enlaza con Valladolid, Soria y Zaragoza. Pero, desde finales del XIX, el trazo del ferrocarril a Ariza marcará una nueva y decisiva línea en su borde sur. De esta forma se dibuja una extensa superficie que irá consolidándose, progresivamente, con usos diversos y mediante un sistema de composición aditiva. La zona más inmediata al casco histórico actuará como proyección del mismo con un tejido de grandes manzanas que se disponen con calles convergentes en torno a la salida hacia Madrid. En conexión con ésta, pero en posición alejada, se levanta la Estación de Ferrocarril Chelva, la cual

dispondrá de un buen edificio para viajeros y la correspondiente dotación de talleres, almacenes e instalaciones diversas. A su vez, las ventajas que tal medio de transporte ofrecía fueron atrayendo la instalación de modernas industrias en sus proximidades. Y entre ambas, aun antes de mediados de siglo, las autoridades municipales planearon la construcción de una barriada de casas protegidas que, con planta baja y huerto familiar, se adaptaría a un trazado regularizado<sup>57</sup>. Así, nació el grupo de ochenta y cuatro viviendas construido por la Cooperativa Santo Domingo de Guzmán que, perpetuando los modelos característicos de este tipo de modestos hogares para trabajadores, contribuyó decisivamente a definir el carácter del nuevo sector de crecimiento arandino.

<sup>57</sup> SANZ ABAD, P.: *op. cit.*, p. 342; y e IGLESIA BERZOSA, J.: «Luis Mateos Martín. 1915-1995», *Protagonistas burgaleses del siglo XX*, vol. II, Diario de Burgos, 2000, pp. 59-64.



Fig. 19. Aranda de Duero. Estación de ferrocarril El Montecillo (Archivo Fotográfico, Biblioteca Municipal. Aranda).

Todas estas transformaciones alcanzaron plena cristalización a partir de 1964, momento en el que la capital de la comarca ribereña es considerada Polígono de Descongestión de Madrid. Tal reconocimiento enlaza con la importancia de los tradicionales vínculos que, a lo largo del tiempo, habían guiado su desarrollo en conexión con las tierras del sur peninsular. Y, en ese sentido, supuso un espaldarazo definitivo a la gran expansión industrial que Aranda había emprendido a través, fundamentalmente, de su área meridional, es decir, en la proyección de Allendeduero. Su papel queda reafirmado, además, con la posterior declaración de Zona de Preferente Localización Industrial y con la inauguración de la tan desea-

da línea de ferrocarril directo a Madrid<sup>58</sup>. El trazado de esta vía, recorriendo perpendicularmente el frente oeste del núcleo tradicional, señala el nuevo borde de desarrollo con el que se articulará un extenso Polígono Industrial. No es extraño, pues, que en unos años en cuyo transcurso está produciéndose la rápida industrialización del país y de la región<sup>59</sup>, firmas tan importantes como Michelin o Glaxo busquen ocupar privilegiadas posiciones en el marco de esta extensión arandina. A la vez, contando también con firmes apoyos, las empresas ligadas a la transformación de productos cerealísticos y ganaderos experimentan un nuevo despegue del que el Grupo Pascual es magnífico exponente<sup>60</sup>. Todo ello no

<sup>58</sup> SÁNCHEZ RIVERA, J.I.: «Los raíles silenciosos: el ferrocarril en Aranda de Duero», *Idas y venidas de un Duero apasionado. El siglo XIX en la Ribera del Duero*, Aranda de Duero, 2006, pp. 436-453.

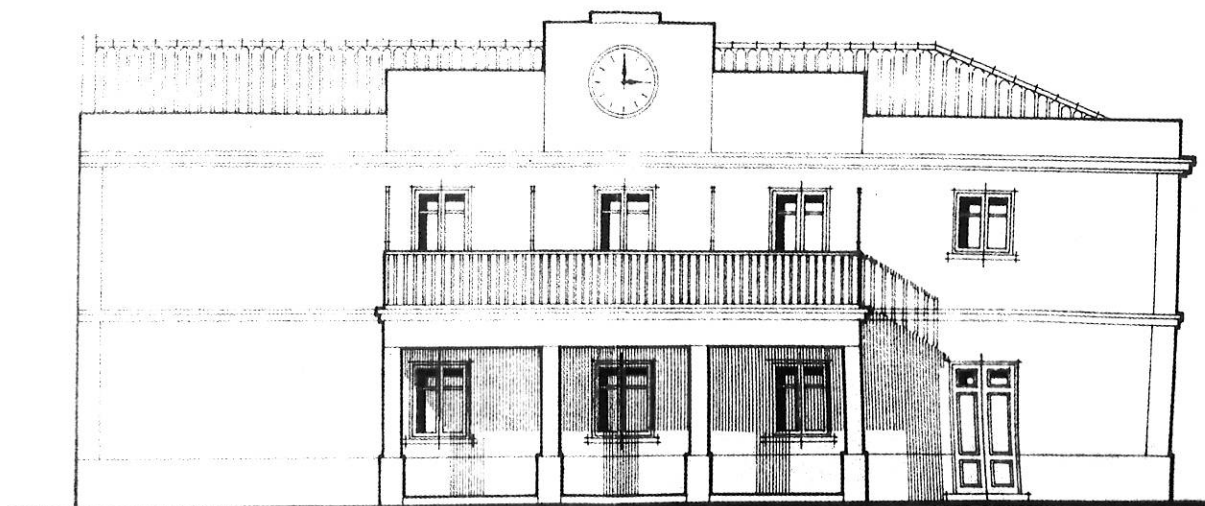
<sup>59</sup> CORONAS VIDA, L.J., y MIGUEL DE LA VILLA, J.L.: «Industria en Burgos en los siglos XIX y XX» y «Comercio, transporte y comunicaciones (II)», *Historia de Burgos IV, Edad Contemporánea (2)*, Caja de Burgos, 2005, pp. 293-341 y 423-521.

<sup>60</sup> MIGUEL DE LA VILLA, J.L.: «Del «Polo de Desarrollo» a la consolidación industrial», *Protagonistas burgaleses del siglo XX*, Diario de Burgos, 2000, pp. 119-120.

sólo supuso la urbanización de amplias superficies para atraer nuevos asentamientos industriales, sino que, además, exige dar adecuadas soluciones a lo que se venía calificando como «el grave problema» de la vivienda en Aranda<sup>61</sup>. Y, así, de acuerdo a un proceso acelerado, las antiguas superficies dedicadas a cultivar el cereal pasan a ser urbanizadas y acogen una sucesión de construcciones en bloque, de notable desarrollo vertical, destinadas a los trabajadores de los nuevos complejos de producción.

Tal impulso de adaptación y desarrollo alcanza al conjunto de los núcleos ribereños, si bien con un ritmo más pausado pese a las declaraciones que, sobre su promoción, realizaban los organismos oficiales<sup>62</sup>. Las actuaciones de éstos se mantienen, básicamente, en el marco que venía siendo habitual, es decir, tratan de que cada población disponga de buenos ayuntamientos y am-

plias escuelas con vivienda para los maestros. Respecto a los edificios municipales, los informes suelen destacar que, algunos de los más modestos inmuebles levantados a finales del siglo XIX, se hallaban en muy mal estado, de ahí la necesidad de su reforma<sup>63</sup> o total sustitución. En este último caso, los arquitectos provinciales elaboran los correspondientes proyectos cuyas características revelan la pervivencia de tipologías tradicionales, es decir, constituyen propuestas de doble altura con soportal, amplio balcón para los ediles y remate presidido por un gran reloj; de esta forma queda recogido en la documentación gráfica de Hontoria de Valdearados y Villalba de Duero, donde, a la vez, consta el empleo de nuevos materiales<sup>64</sup>. También las instalaciones docentes siguieron siendo objeto de especial interés. De ahí la redacción de un pormenorizado informe sobre los «Problemas de construcciones escolares en el Partido Judicial de Aranda de Duero» en el que



Fachada principal

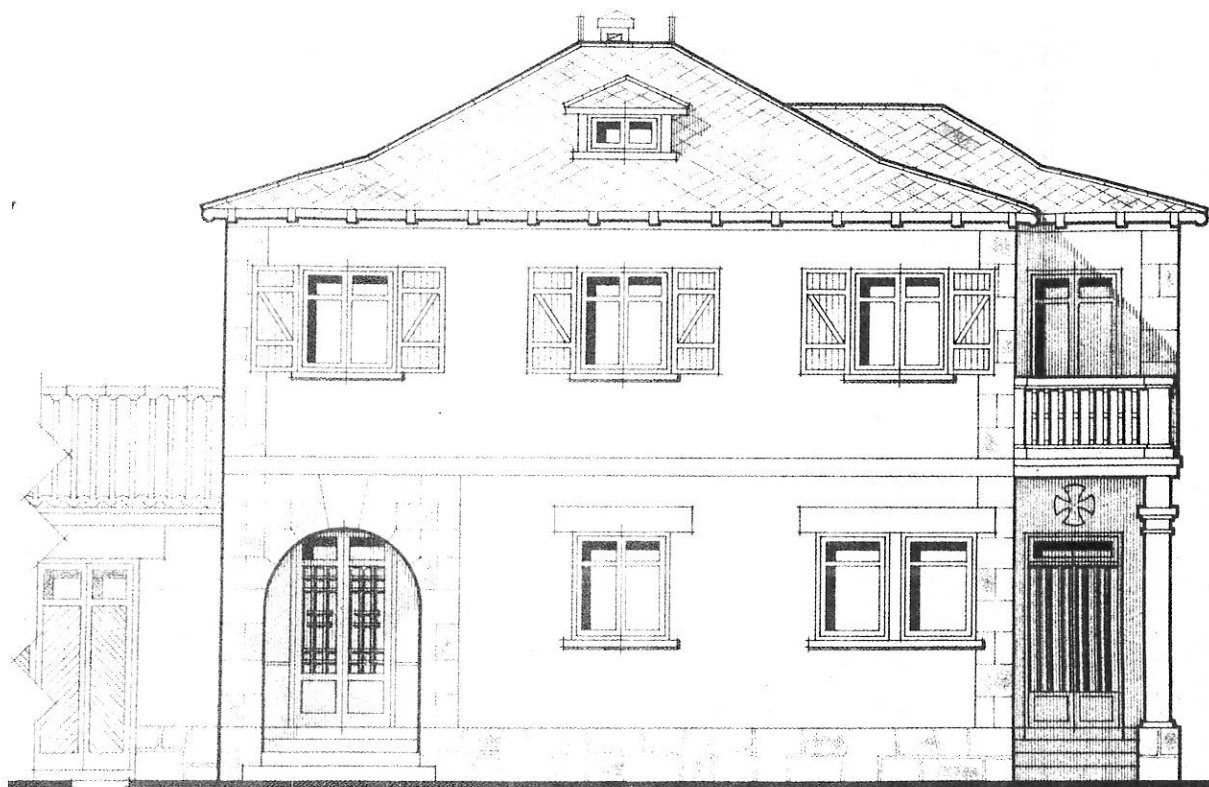
Fig. 20. Villalba de Duero. Casa Ayuntamiento (Archivo Histórico de la Diputación de Burgos).

<sup>61</sup> *Diario de Burgos*, 1061, 15 de enero, «Más de seiscientos viviendas de diverso tipo y renta proyectadas o en trances de construcción en Aranda de Duero».

<sup>62</sup> *Diario de Burgos*, 1961, 1 de enero; 11 de junio, etc.

<sup>63</sup> Existe una abundante documentación relacionada con tales reformas emprendidas en los ayuntamientos de Baños de Valdearados, Milagros, Sotillo de la Ribera, Vadocondes, Villalba de Duero, etc. A.D.P.B. Fondo Administrativo, Legs. 801746, 801504, 804471, 807350 y 807350.

<sup>64</sup> A.D.P.B. Fondo Administrativo, Proyectos, Legs. 803917 y 801772.



FACHADA PRINCIPAL.

Fig. 21. Castrillo de la Vega. Centro Rural de Higiene (Archivo Histórico de la Diputación de Burgos).

aparecen reseñadas las malas condiciones de muchos de estos conjuntos<sup>65</sup>. Para remediar tal situación y crear nuevos centros se llevan a cabo múltiples propuestas, como las que afectan a Coruña del Conde, Gumiel del Mercado<sup>66</sup>, Fresnillo de las Dueñas<sup>67</sup>, etc. Pero, a la vez, existen numerosos testimonios sobre la ejecución de obras destinadas a la mejora de la atención sanitaria y de los servicios públicos. Así, para Castrillo de la Vega se propone la construcción de un centro rural

de higiene con vivienda para el médico<sup>68</sup>, Vadocondes ve renovado su matadero<sup>69</sup>, Villalba de Duero y Zazuar dispondrán de nuevos lavaderos<sup>70</sup>, etc.

### **La construcción de una renovadora identidad**

Este amplio panorama de transformaciones que la comarca ribereña fue abordando a lo largo de la centuria pasada culmina en los últimos

<sup>65</sup> A.H.P.B. Educación, C-43.

<sup>66</sup> *Ibídem*, pp. 560 y 563.

<sup>67</sup> A.D.P.B. Fondo Administrativo, Proyectos, Leg. 800554.

<sup>68</sup> *Ibídem*, Leg. 801652.

<sup>69</sup> *Ibídem*, Leg. 801766.

<sup>70</sup> *Ibídem*, Legs. 801219 y 800802.

decenios. Es entonces cuando la capital, a la cabeza de su desarrollo contemporáneo, se halla próxima a los treinta mil habitantes, triplicándose, en consecuencia, el número de vecinos que poseía en 1900. Pero, además, tal cota demográfica va acompañada de la consolidación de una fisonomía nueva que, tanto en su escala como en su composición, apenas recuerda aquel «paisaje urbano», aquel «lugar» u obra acrisolada a través de procesos diversos que fue Aranda hasta el arranque del siglo pasado. Cabe, pues, preguntarnos por los rasgos que la definen actualmente como proyección total, es decir, desde el nivel de su configuración exterior y desde el de sus ambientes interiores<sup>71</sup>. Ambas dimensiones, no obstante, parecen avocarnos a la constatación de que constituye una realidad definida por diversos fragmentos y que cada uno de ellos posee características propias en correspondencia con determinadas funciones individualizadoras.

Así, contemplando una imagen aérea de la nueva ciudad de finales del milenio o analizando su actual plano, nos encontramos con una cadena de muy diversas piezas que se proyectan entre el serpenteante verdor del gran Duero, los más finos trazos del Arandilla y del Bañuelos, y las apenas sombreadas sendas de los distintos canales. Resulta difícil poder distinguir donde, en tiempos pretéritos, surgió «la ocasión propicia»<sup>72</sup> a partir de la cual se fue generando el primer núcleo. Queda patente, sin embargo, que existen dos conjuntos de irregular compactidad que se aproximan en la confluencia de los ríos y de los que parten un entramado de largos ejes viarios. En connivencia con su disposición, se sitúan sucesivas áreas de conformación muy diferente entre sí donde parece quedar incluido casi todo lo que como «producto» ha venido ofertándose des-

de el campo de la proyección constructiva. Con muy diversas proporciones, empleando los más variados recursos materiales y sin omitir un amplio muestrario de soluciones tipológicas, cada una de estas «parcelas» arandinas parece reducir la racionalidad de su composición a la apariencia de una rotunda y adecuada respuesta a necesidades diferentes. Se diría, pues, que nos hallamos, cuanto más, ante el triunfo de un funcionalismo definido por «buenas instalaciones y buen envoltorio» pero desligado de la tradición clásica y de sus propósitos de redefinición «creativa de las cualidades concretas del mundo construido»<sup>73</sup>.

Tal percepción se corresponde con cuanto ofrecen las distintas piezas urbanas desde la dimensión de su vivencial interioridad. Ciertamente es que el casco histórico mantiene el carácter tradicional de célula primaria de la ciudad contemporánea. De ahí que se conceda especial atención a conservar sus características más destacadas con las necesarias dotaciones en materia de servicios e infraestructura<sup>74</sup>. En general, permanece el caserío decimonónico, entre el que aún existen algunas buenas casonas barrocas, y sigue acogiendo sus antiguos usos como zona de residencia y centro comercial. En relación con ello se llevan a cabo continuas actuaciones para preservarlo con el mejor aspecto posible, manteniendo el recinto de la Plaza Mayor su tradicional pulso como lugar por excelencia de encuentro y convivencia. Sin embargo, algunos de los inmuebles más modestos, con expresivos elementos de madera, están reclamando urgentes actuaciones. Otros han desaparecido ya dejando lugar a edificios que, como el que alberga la Biblioteca Municipal, tratan de adaptarse al entorno, si bien con una indiscutible factura contemporánea. Es de destacar que las fundaciones religiosas han desaparecido, siendo

<sup>71</sup> Sobre el tema del análisis urbano desde estas dimensiones, véase MADERUELO, J. (ed.): *Arte oblicuo: naturaleza y ciudad*, César Manrique, Madrid, 2001.

<sup>72</sup> MASIERO, R.: *op. cit.*, p. 282.

<sup>73</sup> FRAMPTON, K.: *Historia crítica de la arquitectura moderna*, Gustavo Gili, Barcelona, 2000, pp. 9-10.

<sup>74</sup> En relación con la misma existe una abundante documentación municipal e, incluso, en el A.D.P.B., Fondo Administrativo, Proyectos, 801271, 801583, etc.



Fig. 22. Aranda de Duero. Visión aérea (Fotografía Merlín).

frecuente que parte de sus solares hayan sido ocupados por conjuntos docentes o asistenciales. En algunos casos, como sucede con el convento de Sancti Spiritus, se han conservado determinados elementos representativos de sus viejas fábricas incorporados al nuevo tejido urbano con una dimensión monumental<sup>75</sup>. Se trata, pues, de una villa histórica bajo apariencia secularizada en la que, sin embargo, sobresalen sus notables iglesias de origen medieval. Precisamente estas antiguas fábricas vienen siendo objeto de un amplio reconocimiento por su valor de referentes históricos y como obras de arte de inspirados creadores<sup>76</sup>.

Pero a medida que nos alejamos de este núcleo siguiendo los ejes viarios que conducen a su continuo crecimiento, el cambio es radical. Se diría que asistimos a una progresiva reducción de la práctica de la arquitectura que había estado orientada, tradicionalmente, a la creación o reelaboración de un determinado lugar. Por el contrario, se impone un funcionalismo sectorializado que, en cada pieza, reduce toda expresión a su utilidad, y ésta alcanza las más altas cotas de comunicación a través de los materiales y procesos de construcción. Tal carácter arranca del propio emplazamiento de las nuevas implantaciones

<sup>75</sup> ZAPARAÍN YÁÑEZ, M<sup>a</sup> J.: «Las vicisitudes del patrimonio histórico-artístico de las órdenes religiosas. La historia olvidada», *Idas y venidas de un Duero apasionado. El siglo XIX en la Ribera del Duero*, Biblioteca 21, 2006, pp. 245-276. Sobre el tema, IGLESIAS ROUCO, L.S.: «Patrimonio e identidad cultural. Burgos 1759-1939», *Actas XII Congreso Comité Español de Historia del Arte. Arte e identidades culturales*, Universidad de Oviedo, 2000.

<sup>76</sup> En este sentido los testimonios son múltiples desde los pasados siglos, registrándose una continuación de actuaciones de conservación que alcanza nuestros días. A.H.P.B. Patrimonio, Legs. 444/1, 444/2, etc.



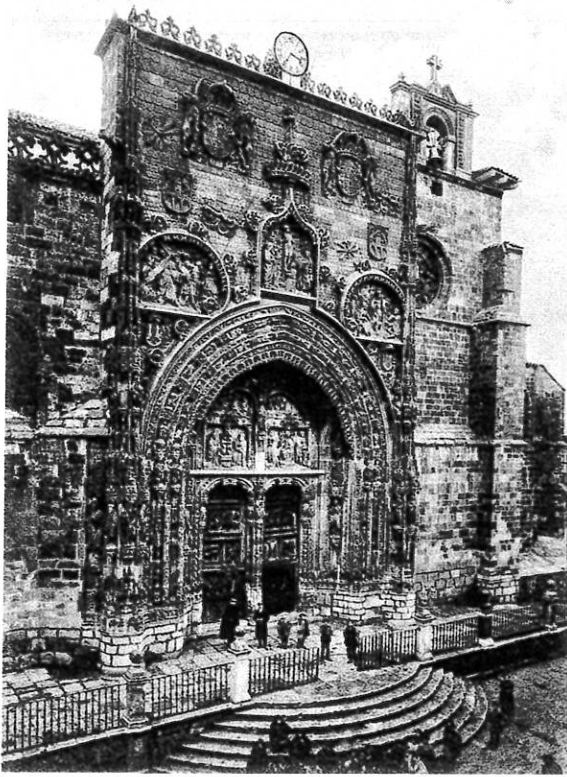


Fig. 23. Aranda de Duero. Fachada de la Iglesia de Santa María (Alfonso Vadillo. Archivo Municipal de Burgos).

que, en un proceso de acelerada urbanización impulsado por necesidades concretas, ocupan extensas superficies, hasta entonces, de explotación agraria. En consecuencia, emergen en una atmósfera abierta y avanzan hacia un entorno indiferenciado de huertas y campos respecto al que se manifiestan totalmente ajenas. A la vez, el efecto de imprecisión queda subrayado por el esquema repetitivo de sus respectivos ordenamientos de acuerdo a la más depurada regularidad, es decir, siguiendo viarios ortogonales que se interrumpen bruscamente ante las tierras cultivadas. Toda definición, pues, brotará de los elementos contruidos, pero las características de éstos están

dictadas por la adecuación a sus correspondientes usos. Desde los populosos bloques residenciales hasta los extensos polígonos industriales en continua transformación<sup>77</sup> y las respectivas instalaciones deportivas situadas, ya, en bordes periféricos<sup>78</sup>. He ahí múltiples facetas de la fisonomía arandina que, surgidas de una «mentalidad adicta a las zonas» separan la vida «en compartimentos estancos»<sup>79</sup>.

A su vez, tal modelo de desarrollo va alcanzando progresivamente a las distintas poblaciones ribereñas. Veremos, así, cómo se cuidan y renuevan sus centros, conservando en cierta medida las características tradicionales. Pero desaparecen los habituales sistemas de construcción y se introducen modernos materiales, perdiéndose, con todo ello, la dúctil elasticidad que definió los conjuntos levantados en el suceder de los siglos. Lo mismo cabe decir de las nuevas dotaciones de carácter público que, en pos de dar respuestas a las necesidades de los diferentes asentamientos, se transforman de acuerdo con un permanente proceso de actualización. En esa dinámica sigue concediéndose atención prioritaria al estado de los ayuntamientos. En ocasiones se decide su remodelación o, incluso, su sustitución por un moderno inmueble que reúna condiciones acordes a los nuevos tiempos. Así sucede en Arandilla, Baños de Valdearados<sup>80</sup>, Castrillo de la Vega, Fresnillo de las Dueñas, Fuentespina, Santa Cruz de la Salceda, Vadocondes, etc. No obstante, el grupo más numeroso de proyectos está dirigido a la atención sanitaria y a establecer buenas instalaciones deportivas. Caleruega, Castrillo de la Vega, Fresnillo de las Dueñas o Quintana del Pidio<sup>81</sup> serán algunas de las localidades que cuenten con sus correspondientes consultorios médicos, mientras que en Sotillo de la Ribera se construyen las instalaciones ligadas a las nuevas

<sup>77</sup> A.M.A.D. Cajas 0443-73, 0632-2, 1335-1, 1392-1, 1504/19, 1674/4, etc.

<sup>78</sup> *Ibídem*, Cajas 0622-5, 0690-3, 0734/4, etc.

<sup>79</sup> Sobre el tema, ZEVI, B.: *Leer, escribir, hablar arquitectura*, APÓSTROFE, Barcelona, 1999, p. 189 y ss.

<sup>80</sup> A.H.P.B. Fondo Administrativo, Proyectos, Legs. 806346, 803036, 804408, 806410, 806428, 805293 y 806705.

<sup>81</sup> A.D.P.B, Fondo Administrativo, Proyectos, Legs. 806381, 806390, 806418, 805406.



Fig. 24. Fuentelcésped. Ayuntamiento.

piscinas<sup>82</sup>, Zazuar solicita un complejo polideportivo<sup>83</sup>, para Vadocondes se proyecta un club de piragüismo<sup>84</sup>, etc. En definitiva, pues, los vecinos de los diferentes núcleos empiezan a disponer de las modernas dotaciones que suponen una mejora decisiva en sus condiciones de vida. Y, si bien siguen siendo muy notables las diferenciaciones de acuerdo con el marco socioeconómico propio de cada población, los nuevos edificios de carácter público quedan definidos por su adecuación funcional dentro de una cierta economía de recursos.

Como consecuencia de todos estos cambios, ya en los últimos años de siglo, el progreso generalizado confirma la creación de un nuevo pai-

saje ribereño que, tramo a tramo, fue generándose en el transcurso de la centuria. La capital, y los asentamientos con posiciones más aventajadas, se consolidan en el proyecto de obtener un alto nivel económico sobre la base del comercio y la adecuada industrialización de los productos conseguidos de su marco natural. Y tal prosperidad impulsa un crecimiento continuado siguiendo los ejes de comunicación, de suerte que la comarca, en su conjunto, se muestra como una sucesión de muy diversas poblaciones en permanente desarrollo. Nuevas urbanizaciones residenciales y muy variados módulos constructivos, ya bien dedicados a la agricultura o a la elaboración de sus productos, van ocupando posiciones avanzadas en una expansión sin límites. De esa forma, que-

<sup>82</sup> A.D.P.B., Fondo Administrativo, Proyectos, Legs. 806549.

<sup>83</sup> *Ibíd*em, Fondo Administrativo, Proyectos, Leg. 808054.

<sup>84</sup> *Ibíd*em, Fondo Administrativo, Proyectos, Leg. 806705.



Fig. 25. Aranda de Duero. Centro de Salud «Aranda Sur».

dan diluidos los perfiles de la fisonomía tradicional, mientras tratan de incorporarse nuevos elementos que, potenciando sus recursos, contribuyan a establecer una renovadora definición contemporánea. Con este propósito se recurre a levantar edificaciones que, como la propuesta de Norman Foster para Gumiel de Izán, puedan cumplir ambos objetivos<sup>85</sup>.

En este sentido, estamos asistiendo a un renovado protagonismo de la arquitectura que parece resurgir con un amplio reconocimiento como elemento generador de una vida diferente e imagen expresiva de la misma. Tras el triunfo de la técni-

ca en sí misma, de las construcciones colectivas y de su producción masiva, apuntan nuevas actitudes que aspiran a generar espacios vitales en los que confluyan naturaleza, historia y función con un sentido de totalidad. O lo que es lo mismo: se busca remodelar el espacio físico con una reintegración arquitectónica, urbana y territorial que permita establecer estrechos nexos entre edificios y calles, entre lo público y lo privado, entre el hombre y la obra que crea y en la que habita. Este posicionamiento en pro de una percepción de totalidad emana de los presupuestos de la práctica cultural ligada a la posmodernidad<sup>86</sup> y, bajo la consideración de un proceso flui-

<sup>85</sup> *Diario de Burgos*, 2007, 25 de mayo, «Foster se inspira en una flor para la bodega ribereña del Grupo Faustino».

<sup>86</sup> CONNOR, S.: *Cultura posmoderna. Introducción a las teorías de la contemporaneidad*, Akal, Madrid, 2002, p. 52 y ss.

do, parece orientarse a establecer «estructuras orgánicas, aptas para formar envolturas-contenedo-

ras de humanidad»<sup>87</sup>. Hagámoslo posible en la nueva era hacia la que transitamos.



Fig. 26. Gumiel de Izán. Proyecto en construcción. Arq. Norman Foster (Fotografía Merlín).

<sup>87</sup> ZEVI, B.: *Leer, escribir, hablar arquitectura*, APÓSTROFE, Barcelona, 1999, p. 191.